

Roger Martin du Gard

Los Thibault, 4
La consulta



Lectulandia

Los Thibault es un monumental retrato del mundo antes del estallido de la primera guerra mundial. Su trazado laberíntico relata la historia de Jacques Thibault, el rebelde hijo de una familia de clase media-alta, con el trasfondo de los destinos más serios de sus parientes. La obra da cuenta detallada de la desesperación del héroe cuando estallan la guerra y el fracaso de su loco intento por detenerla.

Lectulandia

Roger Martin du Gard

La consulta

Los Thibault - 4

ePub r1.0

Titivillus 27.03.16

Título original: *Les Thibault: La Consultation*

Roger Martin du Gard, 1928

Traducción: Félix Caballero Robredo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

LAS doce y media en la calle de la Universidad. Antoine saltó del taxi y penetró en el portal. «Lunes: mi día de consulta», pensó.

—Buenos días, señor.

Se volvió; dos chiquillos parecían haberse resguardado del aire en la esquina. El mayor se había quitado la gorra y levantaba hacia Antoine su cabecita de gorrión, redonda e inquieta, su mirada despejada. Antoine se detuvo.

—Quería pedirle que si usted quisiera darle alguna medicina... a éste, que está malo.

Antoine se acercó a «éste», que permanecía apartado.

—¿Qué te pasa, pequeño?

Una corriente de aire que le levantó la esclavina puso al descubierto un brazo en cabestrillo.

—No es nada —prosiguió el mayor con aplomo—. Ni siquiera un accidente de trabajo. A pesar de que ha sido en la imprenta donde le ha salido esa porquería de grano. El dolor le llega hasta el hombro.

Antoine tenía prisa.

—¿Temperatura?

—¿Cómo dice?

—¿Tiene fiebre?

—Sí; eso debe ser —dijo el mayor, inclinando la cabeza y observando con ansiedad la cara de Antoine.

—Tienes que decir a tus padres que le lleven a la consulta de las dos, a la Beneficencia; ese hospital grande de la izquierda, ¿sabes?

Una leve contracción de su carita, pronto reprimida, traicionó la decepción del niño. Esbozó una sonrisa invitadora:

—Creí que a usted no le importaría...

Pero se contuvo inmediatamente y, en el tono de alguien que sabe desde hace mucho tiempo resignarse a lo inevitable, añadió:

—No importa; ya nos arreglaremos. Muchas gracias, señor. Vamos, Loulou.

Sonrió sin segunda intención, saludó cortésmente con la gorra y dio un paso hacia la calle.

Antoine, intrigado, vaciló un segundo:

—¿Me estabais esperando?

—Sí, señor.

—¿Quién os ha...? —Abrió la puerta que conducía a la escalera—. Entrad aquí, no os quedéis en la corriente. ¿Quién os ha enviado aquí?

—Nadie. —La fisonomía del niño se iluminó—. ¡Si yo a usted le conozco mucho! Trabajo en el estudio... En el estudio que está en el fondo del patio.

Antoine estaba junto al enfermo y maquinalmente le había cogido la mano. El contacto de una palma húmeda, de una muñeca ardiente, suscitaba siempre en él una emoción involuntaria.

—¿Dónde viven tus padres, pequeño?

El pequeño volvió hacia el mayor una mirada implorante:

—¡Robert!

Robert intervino:

—No tenemos, señor. —Luego, después de una corta pausa, aclaró—: Vivimos en la calle de Verneuil.

—¿Ni padre ni madre?

—No.

—¿Abuelos, entonces?

—No, señor.

La cara del pequeño era formal; la mirada, franca, sin ningún deseo de inspirar compasión, ni siquiera curiosidad; tampoco la menor sombra de melancolía. Más bien podía parecer pueril el asombro de Antoine.

—¿Qué edad tienes?

—Quince años.

—¿Y él?

—Trece años y medio.

«¡Que se vayan al cuerno! —se dijo Antoine—. ¡La una menos cuarto ya! Telefonar a Philip. Comer. Subir a casa. Y volver al Faubourg Saint-Honoré antes de mi consulta... ¡Vaya un diíta...!»

—Vamos —dijo bruscamente—, ven a enseñarme eso. —Y para no tener que contestar a la mirada radiante de Robert, nada sorprendida por otra parte, pasó delante, sacó la llave, abrió la puerta de su piso y condujo a los dos pequeños a través del recibimiento hasta su gabinete.

León apareció en la puerta de la cocina.

—Espere para servir, León... Y tú, de prisa, quítate todo eso. Tu hermano te va a ayudar. Despacito... Bien, acércate.

Un brazo delgaducho bajo unas vendas casi limpias. Por encima de la muñeca, un flemón superficial, bien delimitado, parecía ya maduro. Antoine, que ya no piensa en la hora, pone el índice sobre el absceso; luego, con dos dedos de la otra mano, ejerce una presión suave sobre otro punto del tumor. Bien; ha percibido netamente bajo el índice el desplazamiento del líquido.

—¿Y aquí, te duele? —Palpa el antebrazo inflamado y luego el brazo hasta los ganglios inflamados de la axila.

—No mucho... —murmura el pequeño, que está tieso y no aparta los ojos del hermano mayor.

—Sí —dice Antoine en tono de acritud—. Pero ya veo que eres un hombre valiente. —Posa su mirada en la turbada del niño: la chispa de un contacto; una

confianza que parece vacilar y brotar luego hacia él. Entonces sonrío. El niño baja la cabeza; Antoine le acaricia la mejilla y cariñosamente levanta la barbilla, que se resiste un poco.

—Escucha. Vamos a hacer aquí una pequeña incisión, y dentro de media hora esto estará mucho mejor... ¿Te parece bien? Ven por aquí.

El pequeño, subyugado, da algunos pasos valientemente; pero tan pronto como Antoine deja de mirarle su ánimo vacila, y vuelve hacia su hermano un rostro que pide auxilio:

—Robert..., ¡ven tú también!

La habitación contigua —baldosines, linóleo, autoclave, mesa esmaltada bajo un reflector— servía en caso necesario para operaciones de poca importancia. León la había bautizado «el laboratorio»; era un cuarto de baño que había cambiado de función. El antiguo piso que Antoine ocupaba con su hermano en la casa paterna había llegado a ser verdaderamente insuficiente, aun después de ocuparlo él solo. Había tenido la suerte de poder alquilar poco tiempo antes otro piso de cuatro habitaciones, también en la planta baja, pero en la casa contigua. Había cambiado allí su cuarto de trabajo, su habitación y hecho instalar este «laboratorio». Su antiguo gabinete había pasado a ser la sala de espera de los clientes. Una puerta abierta en la pared que separaba los dos vestíbulos había reunido ambos cuartos en uno solo.

Algunos minutos después, el flemón había sido sajado.

—Un poco más de valor... Así... Ahora... ¡Ya está! —dijo Antoine, retrocediendo un paso. Pero el pequeño, muy pálido, estaba a punto de desmayarse en los brazos de su hermano.

—¡A ver, León! —gritó Antoine alegremente—. ¡Un poco de coñac para estos valientes! —Mojó dos terrones de azúcar en un dedo de aguardiente—. Cómete eso. Y tú también. —Se inclinó hacia el operado—. ¿No está demasiado fuerte?

—Está muy rico —murmuró el niño, que consiguió sonreír.

—Dame el brazo. No tengas miedo; te he dicho que ya se había terminado. Un lavado y compresas; esto no hace daño.

Timbre del teléfono. La voz de León en el recibimiento: «No, señora; el doctor está ocupado... Esta tarde, no; hoy es el día de consulta del doctor... Casi a la hora de cenar... Bien, señora; a su disposición.»

—Un apósito; a ver qué pasa —murmuró Antoine, inclinado sobre el absceso—. Bien. Y la venda un poco apretada; así... Ahora tú, el mayor, escúchame: vas a llevar a tu hermano a casa y vas a decir que le acuesten para que no mueva el brazo. ¿Con quién vivís...? ¿Hay alguien que se ocupe del pequeño?

—Pues yo.

La mirada era abierta, llameante de valentía, en un rostro lleno de dignidad. No había motivo para reírse. Antoine echó una mirada al reloj y refrenó una vez más su curiosidad.

—¿Qué número de la calle de Verneuil?

—En el treinta y siete bis.

—Robert, ¿qué?

—Robert Bonnard.

Antoine anotó la dirección y luego levantó la vista. Los dos niños estaban de pie, fijando en él su mirada límpida. Ningún indicio de gratitud, pero sí una expresión de confianza, de seguridad total.

—Vamos, pequeños, marchaos; tengo prisa. Me pasaré por la calle de Verneuil, de seis a ocho, para cambiar el apósito. ¿Comprendido?

—Sí, señor —dijo el mayor, que parecía encontrar la cosa perfectamente natural—. En el último piso, la puerta tres, exactamente enfrente de la escalera.

Tan pronto hubieron salido los niños, dijo:

—¡Ya puedes servir, León!

Luego, en el teléfono:

—Oiga... Elysées, 01-32.

Al otro lado del aparato, en la mesa del recibimiento, se encontraba la agenda de las consultas, abierta por la página del día. Sin abandonar la bocina, Antoine se inclinó y leyó:

«1913.—*Lunes 13 de octubre: 14 h. 30, Señora de Battaincourt. No estaré, pero esperará. 15 h. 30, Rumelles, sí... Lioutin, bueno... Señora Ernst, no la conozco... Vianzoni... De Fayelles... Bueno...*»

—Oiga... ¿El 01-32?... ¿Ha vuelto el profesor Philip? De parte del doctor Thibault... —Una pausa—. Oiga... Buenos días, profesor... Le interrumpo la comida... Es para una consulta. Urgente. Mucho... La hija de Héquet... Sí; Héquet, el cirujano... Muy grave; desgraciadamente no hay esperanza: otitis no atendida a tiempo, con todas las complicaciones; ya le explicaré: una cosa verdaderamente lamentable... No, no, profesor; desea que usted sea precisamente quien la vea... No puede usted negarle esto a Héquet... Ni que decir tiene que lo más pronto posible, en seguida... Tampoco yo, a causa de mi consulta; hoy es lunes... Entonces, de acuerdo; pasaré a buscarle a menos cuarto... Gracias, profesor.

Colgó el teléfono, leyó una vez más la lista de las visitas y dejó escapar un convencional suspiro de cansancio, desmentido por la expresión satisfecha de su rostro.

León se acercaba, con una sonrisa bobalicona en su cara barbilampiña:

—¿Sabe el señor que esta mañana la gata ha tenido gatitos?

—¿Ah, sí?

Antoine, divertido, entró en la cocina. La gata estaba echada sobre el lomo en un cesto lleno de trapos, en el que se removían unas bolitas de pelos pegajosos que ella lamía y relamía con su lengüecilla áspera.

—¿Cuántos hay?

—Siete. Mi cuñada me ha pedido que le guarde uno.

León era hermano del portero. Estaba al servicio de Antoine desde hacía más de

dos años y realizaba sus funciones con una aplicación ritual. Era un criado silencioso, de piel arrugada, sin edad determinada; el pelo, descolorido, escaso y raquítico, coronaba en forma extraña un rostro alargado en todo su conjunto; la nariz, aguileña y demasiado larga, entre unos párpados casi siempre entornados, le daba un aspecto necio, que la sonrisa contribuía a acentuar. Pero esta torpeza no era sino una máscara cómoda, si no preconcebida, bajo la cual vivía una inteligencia despejada, dotada de cierto escepticismo y de un sentido personal del humor.

—¿Y los otros seis? —preguntó Antoine—. ¿Va usted a ahogarlos?

—Y qué remedio queda —contestó León plácidamente—. ¿Prefiere el señor conservarlos?

Antoine sonrió, giró sobre sus talones y se dirigió rápidamente hacia la antigua alcoba de Jacques, que ahora utilizaba como comedor.

Los huevos, el escalope con espinacas, la fruta; todo estaba encima de la mesa. Antoine no podía soportar la espera entre dos platos. La tortilla exhalaba un agradable aroma a manteca caliente y a sartén. Corta tregua, un cuarto de hora de descanso entre la mañana de hospital y la tarde de consulta.

—¿No han dicho nada de arriba?

—No, señor.

—¿No ha telefoneado la señora Franklin?

—Sí, señor. Ha tomado hora para el viernes. Está anotado.

Llamada de teléfono. La voz de León: «No, señora; las cinco y media ya está tomado... Las seis, también... A su disposición, señora.»

—¿Quién?

—La señora de Stocknay. —Se permitió un ligero encogimiento de hombros—. Para el hijito de una amiga. Escribirá.

—¿Y quién es esa señora Ernst, a las cinco? —Y sin esperar la contestación, prosiguió—: Me disculparé con la señora de Battaincourt; me retrasaré por lo menos veinte minutos... Tráigame los periódicos. Gracias. —Una mirada al reloj—. ¿Se habrán levantado ya de la mesa arriba?... Haga el favor de llamar por teléfono. Pregunte por la señorita Gisèle y tráigame aquí el aparato. Con el café, en seguida.

Cogió el teléfono, sus facciones se relajaron, la mirada sonrió al vacío y ya, como si hubiera remontado el vuelo al primer impulso, todo su ser se lanzaba hacia el otro extremo del hilo.

—Sí... sí; soy yo. ¡Oh! Ya casi he terminado... —Rió—. No; uvas, regalo de un cliente: deliciosas... ¿Y ahí arriba? Escucha. —Su rostro se oscurece progresivamente—. ¡Atiza! ¿Antes o después del pinchazo?... Hay que convencerle sobre todo de que se trata de una cosa normal. —Una pausa. La frente vuelve a despejarse—. Dime, Gise, ¿estás sola al aparato? Escucha: tengo que verte hoy; he de hablarte. En serio... Aquí, bien entendido. No me importa cuándo; a partir de las tres y media, ¿de acuerdo? León te hará pasar... ¿Entonces cuento contigo?... Bien... Me tomo el café y subo.

II

ANTOINE tenía llave del piso de su padre; llegó sin haber llamado hasta el cuarto de la plancha.

—Han llevado al señor a su despacho —respondió Adrienne. Andando de puntillas se dirigió al cuarto de aseo del señor Thibault por el pasillo, que olía a farmacia. «Qué sensación de ahogo en cuanto que pongo los pies en esta casa... —pensó—. ¡Un médico!... Pero para mí aquí no es como en otros sitios.» Su mirada fue directamente a la hoja de temperatura, clavada en la pared. El cuarto de aseo tenía el aspecto de un laboratorio: sobre la repisa, sobre la mesita, frascos, tarros de porcelana, paquetes de algodón. «Veamos el bocal. Es lo que yo me pensaba: los riñones trabajan mal; ya veremos el análisis. ¿Y la morfina, dónde está?» Abrió la caja de ampollas, cuyas etiquetas había alterado secretamente para que el enfermo no sospechara. «Tres centigramos en veinticuatro horas... ¡Ya! ¿Dónde habrá puesto la hermana...? ¡Ah! Aquí está el vaso graduado.» Con gestos ágiles, casi alegres, comenzó el análisis. Calentaba ya la probeta en la llama de alcohol cuando el chirrido de la puerta hizo que le latiera apresuradamente el corazón y le obligó a volver la cabeza precipitadamente. Pero no era Gise. Era la señorita, que venía con sus pasitos cortos, doblada en dos como una vieja leñadora, y tan encorvada ahora que, incluso volviendo el cuello, apenas si conseguía levantar hasta las manos de Antoine aquella mirada suya que seguía siendo viva tras las finas gafas de cristales ahumados. El menor motivo de alarma se traducía en ella por un movimiento maquinal de su frentecilla de marfil, cuyo color amarillento resaltaba entre sus crenchas blancas.

—¡Ah! Estás aquí, Antoine —suspiró. Y, sin más preámbulos, con una voz que las oscilaciones hacían vacilar, balbuceó—: Mira, desde ayer esto ya es imposible. La hermana Céline me ha estropeado dos tazones de caldo y más de un litro de leche, para nada. Le pela plátanos de a doce céntimos, que tu padre ni siquiera toca... ¡Y no se puede hacer nada con lo que deja, a causa de los microbios! No es que yo tenga nada contra ella ni contra nadie; es una santa mujer... ¡Pero háblale, Antoine; prohíbele que siga! ¿Por qué obligar a un enfermo? ¡Se debería esperar a que él pidiera! ¡Siempre proponiéndole cosas! ¡Esta mañana, por ejemplo, un helado! ¡Mira que proponerle un helado! ¡Para helarle el corazón de repente! ¡Como si Clotilde no tuviera otra cosa que hacer que correr a las tiendas de helados! ¡Con tanta gente como hay que alimentar aquí!

Antoine, paciente, terminaba el análisis sin contestar más que con murmullos evasivos. «La pobre mujer ha sufrido durante veinticinco años seguidos la verborrea paterna y ahora se desquita...», pensó.

—¿Sabes cuántas bocas tengo? —continuaba la vieja señorita—. ¿Cuántas bocas tengo en este momento, con la hermana y Gise, por si faltaba algo? ¡Tres en la cocina, tres en la mesa y tu padre! ¡Cuenta! A los setenta y ocho años y en el estado

en que me...

Retrocedió apresuradamente, porque Antoine se había apartado de la mesa para irse a lavar las manos. Seguía ella temiendo las enfermedades y los contagios; la obligación en que se encontraba, desde hacía un año, de vivir junto a un enfermo grave, de codearse con enfermeras y médicos, de respirar remedios, obraba sobre ella a la manera de un veneno, cuya acción cotidiana acelerara todavía más la decadencia general, iniciada tres años antes. Por otra parte, tenía cierta conciencia de su decrepitud: «Desde que Dios me ha privado de mi Jacques, ya soy menos que nada», gemía.

Sin embargo, viendo que Antoine se enjabonaba sin cambiar de sitio, avanzó con timidez dos pasos hacia el lavabo.

—¡Habla a la hermana, Antoine, háblale! ¡A ti te hará caso!

Accedió con un «sí» de compromiso; luego, sin ocuparse más de ella, abandonó la habitación. La señorita vio las piernas que se alejaban y las siguió cariñosamente con los ojos; Antoine, porque casi no le contestaba y nunca la contradecía, era «su consuelo en la tierra».

Antoine cruzó de nuevo el pasillo, con objeto de entrar en el despacho por el recibimiento, como si acabara de llegar.

El señor Thibault estaba solo con la monja. «¿Entonces, Gise está en su habitación? —se dijo Antoine—. Por tanto, tiene que haberme oído pasar... Es decir, que me evita...»

—Buenos días, padre —dijo, con aquel tono intrascendente que adoptaba ahora a la cabecera del enfermo—. Buenos días, hermana.

El señor Thibault levantó los párpados.

—¿Ah, eres tú?...

Estaba sentado en un enorme sillón tapizado que habían arrastrado junto a la ventana. La cabeza parecía haberse hecho demasiado pesada para los hombros, y la barbilla se hundía en la servilleta que la monja le había anudado en el cuello; el cuerpo, encorvado, hacía parecer desmesuradamente largas las dos muletas negras apoyadas a ambos lados del alto respaldo. La vidriera seudorrenacimiento reflejaba su arco iris sobre la toca inquieta de la hermana Céline y ponía unas manchas vinosas en el mantelillo de la mesa, sobre la que humeaba un plato de tapioca con leche.

—¡Vamos! —dijo la monja. Cogió una cucharada de sopa, escurrió la cuchara en el borde del plato y luego con un «¡hala!» alegre, como si diera la papilla a un niño de pecho, introdujo la cuchara entre los labios flácidos del enfermo y la vació antes de que éste pudiera evitarlo.

Las manos del anciano, apoyadas sobre sus rodillas, se agitaron con impaciencia. Sufría en su amor propio de que se le viera de aquella forma, incapaz de comer por sí solo. Hizo un esfuerzo para apoderarse de la cuchara que tenía la monja; pero sus dedos, desde hacía largo tiempo entumecidos y ahora hinchados por el edema, no

podían prestar servicio. La cuchara se le escapó y cayó sobre la alfombra. Con un gesto violento rechazó el plato, la mesa y a la monja.

—¡No tengo hambre! ¡No quiero que se me obligue! —gritó, volviéndose hacia su hijo como en demanda de protección. Y alentado indudablemente por el silencio de Antoine, lanzó hacia la religiosa una mirada irritada—: ¡Llévese todo eso! —La hermana, sin discutir, retrocedió un paso y salió del campo visual.

El enfermo tosió. (A cada momento se veía interrumpido por una tosecilla seca, nerviosa, sin sofoco, que le hacía apretar los puños y crispas sus párpados cerrados.)

—Has de saber —lanzó el señor Thibault, como si satisficiera un rencor— que anoche, y luego esta mañana, he sentido náuseas.

Antoine se sentía observado por una mirada de reojo. Afectó indiferencia:

—¿Ah, sí?

—¿Entonces, a ti te parece natural?

—La verdad es que te confieso que ya me lo esperaba —insinuó Antoine, sonriendo. (Hacía la comedia sin demasiado esfuerzo. Para ningún otro enfermo había tenido esta paciencia compasiva; venía aquí todos los días, muy a menudo, por la mañana y por la noche, y cada vez, sin cansarse, igual que se renueva el vendaje de una herida, se las ingeniaba para improvisar razonamientos falsos, pero lógicos, y siempre repetía, en el mismo tono convencido, las mismas palabras tranquilizadoras.) ¡Qué le vas a hacer, padre; tu estómago no es ya el de un hombre joven! Hace por lo menos ocho meses que se le está atiborrando de pociones y de sellos. ¡Podemos estar contentos de que no haya manifestado su cansancio mucho antes!

El señor Thibault calló. Meditaba. Ya se sentía consolado por aquella nueva idea y aliviado de poder echar la culpa a algo o a alguien.

—Sí —dijo, golpeando sus manos hinchadas sin hacer ruido—. Esos burros, con sus drogas, me han... ¡Ay, mi pierna!... Me han... ¡Me han estropeado el estómago! ... ¡Ay!

El dolor era tan agudo y repentino que en un instante alteró todos los rasgos de su fisonomía. Ladeó el busto y, apoyándose en el brazo de la monja y en el de Antoine, estiró la pierna y consiguió desviar aquel surco de fuego que le quemaba.

—¡Me dijiste... que el suero de Thérivier... actuaría sobre esta ciática! —aulló—. Contéstame ahora: ¿Va esto mejor?

—Pues claro que sí —repuso Antoine con frialdad.

El señor Thibault posó sobre Antoine una mirada de estupefacción.

—Usted mismo ha reconocido que desde el martes estaba mucho mejor —gritó la religiosa, que había tomado la costumbre de levantar la voz exageradamente para hacerse oír. Y aprovechando el momento propicio zampó una cucharada de tapioca en la boca del enfermo.

—¿Desde el martes? —balbuceó el anciano, tratando honradamente de hacer memoria; luego se calló.

Antoine, silencioso y con el corazón oprimido, observaba el rostro caquético de

su padre; el esfuerzo mental aflojaba los músculos de la mandíbula, arrugaba las cejas y hacía temblar las pestañas. El pobre viejo no pedía sino creer en su curación y, de hecho, hasta entonces nunca había dudado de ella. Por inadvertencia permitió que le embucharan otra cucharada de leche; luego, disgustado, apartó a la monja con tanta impaciencia que por fin cedió y accedió a desatarle la servilleta.

—Me han estropeado el estómago —repetía el anciano en tanto que la religiosa le limpiaba la barbilla.

Pero tan pronto como hubo salido con la bandeja, como si hubiera anhelado este breve instante a solas, el señor Thibault se inclinó vivamente sobre un codo, esbozó una sonrisa confidencial e hizo señas a su hijo de que viniera a sentarse más cerca.

—Esta hermana Céline es una muchacha magnífica —comenzó en tono convencido—; es lo que se dice una santa... Nunca le estaremos lo bastante..., lo bastante agradecidos. Pero con respecto a su convento, ¿es que...? Sé perfectamente que la madre superiora me debe muchos favores. ¡Pero precisamente por eso! Siento cierto escrúpulo. ¡Abusar durante tanto tiempo de esta consagración, cuando hay tantos otros enfermos más interesantes, que tal vez esperan y que sufren! ¿No eres de mi opinión?

Presintiendo que Antoine iba a contradecirle, le detuvo con un gesto de la mano, y, a pesar de la tos que entrecortaba sus frases, avanzando la barbilla con un gesto de humildad, prosiguió:

—Indudablemente, que no digo esto por hoy ni por mañana. Pero ¿no crees tú que... muy pronto..., cuando ya vaya yo francamente mejor..., habrá que devolver su libertad a esta excelente muchacha? ¡No puedes imaginarte, hijo mío, qué desagradable resulta tener siempre a alguien junto a uno! Tan pronto como sea posible, ¿eh?, que la despidan.

Antoine multiplicaba las señas de aprobación sin tener valor suficiente para contestar. ¡En esto se había convertido aquella autoridad inflexible contra la cual había tropezado toda su juventud! Antaño, este déspota hubiera expulsado sin explicaciones a la enfermera importuna; hoy, débil y desarmado... En momentos así la decadencia física aparecía más manifiesta que cuando Antoine comprobaba bajo sus dedos la debilitación de los órganos.

—¿Te vas ya? —murmuró el señor Thibault, viendo que Antoine se levantaba. En su reproche había sentimiento y pena, casi ternura. Antoine se sintió conmovido.

—No tengo más remedio —dijo, sonriendo—. Todo el día lleno de visitas. Trataré de volver esta noche.

Se acercó para besar a su padre; una costumbre reciente. Pero el anciano se volvió:

—Entonces vete, hijo... ¡Anda, márchate! —Antoine salió sin contestar.

En el vestíbulo, cómicamente encaramada en una silla, la señorita esperaba su paso.

—Tengo que hablarte, Antoine... Tengo que hablarte de la hermana...

Pero Antoine ya no se sentía con arrestos bastantes. Cogiendo el abrigo y el sombrero cerró tras sí la puerta del piso.

Entonces, en el rellano de la escalera, tuvo un momento de desaliento, y el esfuerzo que hizo para ponerse el abrigo le recordó su contracción de riñones de cuando soldado para reajustar la mochila antes de reanudar la marcha...

La vida de la calle, los coches, los transeúntes que luchaban contra el viento otoñal, le devolvieron la alegría.

Emprendió la búsqueda de un taxi.

III

«MENOS veinte —observó Antoine cuando el auto pasaba por delante del reloj de la Madeleine—. Llegaré a tiempo, pero con muy poco margen... ¡La puntualidad del patrón! Estoy seguro de que ya se está preparando.»

Efectivamente, el doctor Philip esperaba de pie a la puerta de su despacho.

—Buenas tardes, Tribault —murmuró. Su voz de polichinela parecía siempre subrayar una broma—. Menos cuarto en punto. Vamos...

—Vamos, profesor —repuso Antoine alegremente.

Siempre le complacía hallarse de nuevo en la estela de Philip. Durante dos años consecutivos había sido interno suyo y vivido en la intimidad cotidiana de este iniciador. Luego, había tenido que cambiar de servicio, pero no había dejado de estar en relación con su maestro y ningún otro había podido reemplazar para él al «profesor». Se le llamaba a Antoine: «Thibault, el discípulo de Philip.» Su discípulo, efectivamente; su segundo, su hijo espiritual. Pero muy a menudo también su adversario: la juventud frente a la madurez; la audacia, el placer del riesgo, frente a la prudencia. Las relaciones creadas entre ambos, durante siete años de amistad y de asociación profesional, habían tomado un carácter indeleble. Tan pronto como Antoine se encontraba junto a Philip, insensiblemente su personalidad se modificaba, sufría como una especie de disminución en su volumen; el ser independiente y completo que era un momento antes caía automáticamente bajo tutela. Y sin que le disgustara. El afecto que sentía por el profesor estaba fortificado, además, por las satisfacciones de su amor propio: el valor innegable del profesor, la reputación que éste gozaba de mostrarse difícil para con la gente, realzaba la inclinación que demostraba hacia Antoine. Cuando maestro y discípulo estaban juntos reinaba el buen humor; a ambos les parecía evidente que la media de la Humanidad se componía de inconscientes y de incapaces; pero que, afortunadamente, uno y otro habían escapado a la regla general. La forma en que el profesor, poco expansivo, se dirigía a Antoine, su confianza, su naturalidad, las sonrisas y los guiños con que subrayaba algunas observaciones, incluso su vocabulario, en el que había que estar iniciado, todo parecía demostrar que Antoine era el único con quien Philip podía hablar con libertad, el único por quien estaba seguro de ser comprendido exactamente. Sus desacuerdos eran poco frecuentes y siempre provocados por lo mismo. Sucedió a veces que Antoine reprochaba a Philip el que se engañara a sí mismo y se atuviera para un juicio fundamental a lo que no era sino un rasgo improvisado de su escepticismo. O bien que, después de un cambio de ideas en las cuales habían estado de acuerdo, Philip cambiara de opinión, se volviera atrás de lo que acababan de decir y declarara: «Observado desde otro punto de vista, lo que pensábamos es una tontería.» Lo que quería decir: «No merece la pena insistir sobre ello; ninguna de las bases es cierta.» Entonces, Antoine se irritaba. Semejante actitud

le era verdaderamente intolerable, le producía el mismo sufrimiento que una enfermedad física. En tales ocasiones evitaba cortésmente la compañía del profesor y se apresuraba a correr a sus asuntos con objeto de recobrar el equilibrio gracias al efecto bienhechor de su actividad.

En la escalera se encontraron a Thérivier, que venía a pedir un consejo urgente al profesor. Thérivier era también un antiguo interno de Philip, de más edad que Antoine, y que se dedicaba a medicina general. Él era quien trataba al señor Thibault.

El profesor se había detenido. Ligeramente inclinado hacia adelante, inmóvil y con los brazos colgando, sus ropas flotándole sobre el cuerpo delgado y su aspecto de títere larguirucho con los hilos sueltos, ofrecía un cómico contraste con su interlocutor, que era achaparrado, regordete, inquieto y de sonrisa fácil. La ventana de la escalera los iluminaba de plano, y Antoine, que permanecía detrás, se divertía en observar al profesor con ese interés que sentía algunas veces en mirar de repente con un nuevo criterio a las personas que mejor conocía. En aquel momento, Philip fijaba sobre Thérivier la mirada incisiva y siempre impertinente de sus ojos claros. Estaban éstos protegidos por unas cejas prominentes, que seguían siendo negras, aunque la barba ya caneara; llevaba una espantosa barba de cabra que parecía postiza, una franja desflecada que le colgaba de la barbilla. Por otra parte, todo en él parecía hecho para disgustar, para irritar: el abandono de su ropa, la rudeza de sus modales, su aspecto físico, la nariz demasiado larga y rojiza, la respiración silbante y aquel rictus y aquellos labios hendidos, siempre húmedos, de los que salía una voz ronca, nasal, que algunas veces llegaba al falsete para lanzar una ironía, una palabra mordaz; entonces, en el fondo de su refugio, brillaban sus pupilas de mono: fuego de un placer solitario que no trataba de ser compartido; pero, por desfavorable que fuera la primera impresión, no alejaba de Philip sino a los advenedizos y a los mediocres. En efecto, observaba Antoine, ningún médico era más querido por sus enfermos, ningún maestro más estimado por sus colegas, ni buscado con más fervor por los discípulos, ni más respetado por la juventud intransigente de los hospitales. Sus más feroces salidas de tono se referían a la vida, a la estupidez humana; no herían sino a los tontos. Bastaba haberle visto en el ejercicio de su profesión para sentir no solamente el destello de una inteligencia sin mezquindades y sin verdadero desdén, sino el calor de una sensibilidad que el espectáculo cotidiano maltrataba dolorosamente; se comprendía entonces que la actitud de su palabra no era sino una reacción valerosa contra la melancolía, el reverso de una compasión sin ilusiones, y que aquel espíritu mordaz, que le atraía el rencor de los imbéciles, no era, mirándolo bien, sino la moneda corriente de su filosofía.

Antoine no había prestado sino una atención distraída a las palabras de los dos médicos. Se trataba de un enfermo, atendido por Thérivier, y a quien el profesor había visitado la víspera. El caso parecía grave. Thérivier permanecía aferrado a su idea.

—No —declaró Philip—. Un centímetro cúbico, joven, es lo más que yo

permitiría. Y mejor aún, medio. E incluso en dos veces, si le parece.

Como Thérivier se agitara, visiblemente rebelde a este consejo de moderación, Philip le puso la mano en el hombro flemáticamente y farfulló:

—Mire, Thérivier: cuando un enfermo se encuentra en ese estado, a su cabecera ya no hay sino dos fuerzas en pugna: la Naturaleza y la enfermedad. El médico llega y golpea al azar. Cara o cruz. Si alcanza el mal, es cara. Pero si alcanza a la Naturaleza, es cruz, y el cliente es *moritorus*. Éste es el juego, joven. Por consiguiente, a mi edad, se tiene prudencia y se procura no golpear demasiado fuerte. —Permaneció inmóvil durante algunos segundos, tragando saliva con un ruido fácilmente perceptible. Su mirada sostenía la de Thérivier. Luego retiró la mano, guiñó el ojo maliciosamente a Antoine y siguió bajando la escalera.

Antoine y Thérivier se reunieron detrás de él.

—¿Y tu padre? —preguntó Thérivier.

—Tiene náuseas desde ayer.

—¡Ah...! —Thérivier arrugó la frente e hizo una mueca. Después de un corto silencio, preguntó—: ¿Le has mirado las piernas estos días?

—No.

—Anteayer las encontró algo más inflamadas.

—¿Albúmina?

—Más bien amenaza de flebitis. Iré esta tarde, de cuatro a cinco. ¿Estarás tú?

El coche de Philip esperaba a la puerta. Thérivier se despidió y se alejó apresuradamente.

«Con lo que gasto ahora en taxi —pensó Antoine—, me tendría más cuenta tener un cochecillo para mi uso...»

—¿Adónde vamos, Thibault?

—Faubourg Saint-Honoré.

Philip se hundió, friolero, en el fondo del coche y, antes incluso de que el chofer hubiera arrancado, dijo:

—Póngame al corriente rápidamente, joven. ¿Un caso verdaderamente desesperado?

—Desesperado, profesor. Una niñita de dos años, un pobre aborto, nacido antes de tiempo: labio leporino, con división congénita del paladar. Héquet la operó personalmente la primavera pasada. Además, insuficiencia funcional del corazón. Ya me comprende. Y por si faltaba algo, repentinamente, otitis aguda. Y todo esto en el campo. Hay que añadir que es su único hijo...

Philip, cuya mirada se perdía a lo lejos en la perspectiva de las calles, dejó oír un murmullo compasivo.

—... Pero la señora Héquet está encinta de siete meses. Embarazo difícil. Creo que es demasiado imprudente. En resumen, para evitar un nuevo accidente, Héquet había instalado a su mujer fuera de París, en Maisons-Laffitte, en una casa cedida por una tía de la señora Héquet; personas a las que conozco, porque eran amigos de mi

hermano. Allí es donde se ha declarado la otitis.

—¿Cuándo?

—No se sabe. La nodriza no ha dicho nada, sin duda por no haberse dado cuenta. La madre, que no sale de la cama, no lo ha notado al principio y luego lo ha achacado a molestias de la dentición. Por último, el sábado por la noche...

—Anteayer.

—Anteayer, al llegar Héquet a Maisons para pasar allí el domingo como todas las semanas, ha visto inmediatamente que la pequeña estaba en peligro. Se ha procurado una ambulancia y se ha traído a París aquella misma noche a la mujer y la niña. Bien. Me telefoneó al llegar. Vi a la pequeña el domingo, a primera hora. A mí se me había ocurrido citar a un otorrino, Lanquetot. Hemos encontrado todas las complicaciones posibles: mastoiditis, como es natural; infección del seno lateral, etcétera. Desde ayer lo hemos intentado todo. En vano. El estado se agrava de hora en hora. Esta mañana, síntomas de meningitis...

—¿Intervención?

—Imposible, según parece. Péchot, llamado por Héquet ayer noche, ha sido rotundo: el estado del corazón no permite intentar ninguna operación. Aparte del hielo, no se puede hacer nada para atenuar los sufrimientos, que son terribles.

Philip, sin dejar de mirar a lo lejos, emitió un nuevo murmullo.

—Y así estamos —continuó Antoine, preocupado—; ahora le toca a usted, profesor. —Después de una pausa, añadió—: Pero, lo confieso, mi única esperanza es que lleguemos demasiado tarde y que ya se haya... terminado.

—¿Héquet no se hace ilusiones?

—¡Oh, no!

Philip calló un instante; luego posó la mano sobre la rodilla de Antoine.

—No sea tan aseverativo, Thibault. Como médico, ese desgraciado de Héquet debe «saber» efectivamente que no hay nada que esperar. Pero como padre... Mire usted: cuanto más grave es el momento, más se juega al escondite con uno mismo... —Esbozó una sonrisa de desaliento y añadió—: Afortunadamente, ¿eh?... Afortunadamente.

IV

HÉQUET vivía en el tercero.

Al ruido del ascensor se abrió la puerta. Les esperaban. Un hombre corpulento, con bata blanca y cuya barba negra acentuaba el tipo semita, estrechó la mano de Antoine, que le presentó a Philip:

—Isaac Studler.

Era un antiguo estudiante de Medicina que había renunciado a la profesión, pero al que se encontraba en todos los círculos médicos. Sentía por Héquet, antiguo discípulo, un afecto ciego, animal. Advertido por teléfono del regreso de su amigo había venido precipitadamente, abandonándolo todo para instalarse a la cabecera de la niña.

La casa, con todas las puertas abiertas y que seguía tal y como fuera recogida en primavera, ofrecía un aspecto siniestro: debido a la falta de cortinas, las persianas estaban cerradas, todas las luces encendidas y, bajo la luz cruda de las lámparas, los muebles, amontonados en el centro de cada habitación y cubiertos con telas blancas, parecían otros tantos catafalcos infantiles. En el salón en que Studler había dejado a los dos médicos para ir a avisar a Héquet, el suelo estaba sembrado de los objetos más dispares, alrededor de una maleta medio abierta y semivacía.

Una puerta se abrió violentamente, y una mujer joven, sin vestir, con el rostro angustiado, la linda cabellera rubia en desorden, se precipitó hacia ellos tan de prisa como se lo permitía su paso torpe; con una mano se sostenía el vientre y con la otra recogía, para no caerse, el bajo de la bata. Su respiración jadeante le impedía hablar, sus labios temblaban; se había dirigido directamente hacia Philip y le miraba con sus grandes ojos llenos de lágrimas, en una súplica muda, tan acuciante, que el profesor ni siquiera pensó en saludarla; maquinalmente extendió las manos como para sostenerla y tranquilizarla.

En aquel momento, Héquet irrumpió por la puerta del vestíbulo.

—¡Nicole!

Su voz vibraba de cólera. Pálido y con las facciones crispadas, sin ocuparse de Philip, se lanzó hacia la joven, la cogió, la hizo tambalearse y la levantó en sus brazos con una fuerza que no se hubiera sospechado en él. Ella cedió entre sollozos.

—Ábreme la puerta —murmuró a Antoine, que había acudido a ayudarle.

Antoine le siguió. Un murmullo se escapaba lastimero de los labios de Nicole, cuya cabeza caída iba sosteniendo. Distinguió algunas palabras entrecortadas:

—Nunca me lo perdonarás... Todo es culpa mía, todo... Nació enferma por mi culpa... ¡Me lo has reprochado tantas veces!... Y ahora, otra vez culpa mía... Si me hubiera dado cuenta, si la hubiera cuidado desde el primer momento... —Llegaban a una habitación en la que Antoine distinguió una cama de matrimonio con las ropas en desorden. Indudablemente, habiendo acechado la llegada de los médicos, la joven

había saltado de la cama, a pesar de todas las prohibiciones.

Nicole había cogido ahora la mano de Antoine y se aferraba a ella desesperadamente:

—Se lo ruego, señor... Félix no me perdonaría nunca... No podría volver a perdonarme, si... ¡Inténtelo todo! ¡Sálvela, se lo suplico!...

El marido la había vuelto a acostar con precaución y extendía las mantas sobre ella. Soltó la mano de Antoine y quedó silenciosa. Héquet se inclinó sobre su esposa. Antoine sorprendió la doble mirada: la de la mujer, vacilante, angustiada; la del hombre, irritada.

—Te prohíbo que te levantes, ¿me oyes?

Nicole cerró los ojos. Entonces, Héquet se inclinó aún más, rozó el pelo con los labios y puso sobre los párpados cerrados un beso que parecía sellar un pacto y anticipar el perdón.

Luego condujo a Antoine fuera de la habitación.

Cuando se reunieron con el profesor junto a la pequeña, adonde le había llevado Studler, Philip ya se había quitado la americana y tenía puesta una bata blanca. Tranquilo, con el rostro impasible, como si estuviera solo en el mundo con la niña, procedía a un reconocimiento minucioso y metódico, aunque desde el primer momento hubiera comprendido la ineficacia de cualquier tratamiento.

Héquet, silencioso y con las manos febriles, espiaba el rostro del médico.

El examen duró diez minutos.

Cuando Philip hubo terminado, levantó la cabeza y buscó a Héquet con la mirada. Éste estaba irreconocible: la fisonomía triste, la mirada fija entre los párpados enrojecidos, irritados, como reseco por el viento y la arena. Su impasibilidad era patética. Philip comprendió en la rápida mirada que le dirigió que todo fingimiento era superfluo y renunció inmediatamente al nuevo tratamiento que, por humanidad, se disponía a prescribir. Desató la bata, se lavó rápidamente las manos, volvió a ponerse la americana que la enfermera le presentaba y salió de la habitación sin mirar hacia la camita. Héquet le siguió, y luego Antoine.

En el recibimiento, los tres hombres, de pie, se miraron.

—De todas formas, le agradezco que haya venido —articuló Héquet.

Philip se encogió de hombros evasivamente, y sus labios dejaron oír un chasquido. Héquet le contemplaba a través de sus gafas. Progresivamente, la expresión de su mirada se hizo severa, despreciativa, casi de odio, y luego aquel resplandor malévolos se apagó. En tono de excusa, balbuceó:

—No puede uno evitar esperar lo imposible.

Philip inició un gesto que no terminó y, sin prisa, descolgó su sombrero. Pero en lugar de salir, volvió hacia Héquet, vaciló y torpemente le puso una mano sobre el brazo. Hubo un nuevo silencio. Luego, como si se rehiciera, Philip retrocedió, tosió ligeramente y se decidió por fin a marcharse.

Antoine se acercó a Héquet.

—Hoy es mi día de consulta. Volveré esta noche, hacia las nueve.

Héquet, inmóvil, miraba estúpidamente hacia la puerta abierta, por la que acababa de desaparecer con Philip su última esperanza; inclinó la cabeza para dar a entender que había oído.

Philip, seguido de Antoine, descendió rápidamente dos pisos sin pronunciar palabra. Entonces se detuvo, se volvió a medias, tragó saliva y, con una voz más ronca que nunca, dijo:

—A pesar de todo, hubiera debido prescribir algo, ¿eh? *Ut aliquid fieri videatur...* La verdad es que no me he atrevido. —Calló, bajó algunos escalones y murmuró, esta vez sin volverse:

—Yo no soy tan optimista como usted... Esto muy bien puede durar todavía un día o dos.

Cuando llegaban al final de la escalera, bastante oscura, se cruzaron con dos mujeres que entraban.

—¡Ah, señor Thibault!

Antoine reconoció a la señora de Fontanin.

—¿Qué hay? —preguntó ésta con una voz insinuante en la que trató de no traslucir la menor inquietud—. Precisamente veníamos en busca de noticias.

Antoine no contestó sino con un movimiento de cabeza.

—¡No, no! ¡Nunca se sabe! —exclamó la señora de Fontanin, con un tonillo de reproche, como si la actitud de Antoine la obligara a conjurar rápidamente un mal presagio—. ¡Confianza, confianza, doctor! ¡No es posible, sería demasiado espantoso! ¿Verdad, Jenny?

Sólo entonces distinguió Antoine a la muchacha, que permanecía apartada. Se apresuró a disculparse. Jenny parecía molesta, irresoluta; finalmente, le alargó la mano. Antoine observó su expresión trastornada y la agitación nerviosa de sus párpados, pero conocía el afecto que Jenny profesaba a su prima Nicole y no se extrañó.

«¡Cuánto ha cambiado!», se dijo, no obstante, en tanto que se reunía con el profesor. En su recuerdo surgió la silueta, ya lejana, de una muchacha vestida de blanco, una noche de verano, en un jardín. Este encuentro despertó en él un sentimiento doloroso. «Ese pobre Jacques no la hubiera reconocido seguramente», pensó.

Philip, sombrío, se había acurrucado en el auto.

—Voy a la Escuela —dijo—; le dejaré en su casa al pasar.

Durante todo el trayecto no pronunció ni tres palabras. Pero en la esquina de la calle de la Universidad, cuando Antoine se despedía, pareció sacudir su sopor.

—Por cierto, Thibault... A usted, que está un poco especializado en los retrasados al hablar..., le he enviado estos días a una tal señora Ernst.

—He de verla hoy.

—Le llevará a su hijo, un niño de cinco o seis años que habla como un rorro. Hay

incluso determinados sonidos que parece no puede pronunciar en absoluto. Pero si se le dice que recite su oración se pone de rodillas y dice el padrenuestro de cabo a rabo, pronunciando casi correctamente. Por otra parte, parece bastante inteligente. Creo que será un caso muy interesante para usted...

V

LEÓN hizo su aparición tan pronto como oyó en la cerradura la llave del dueño de la casa.

—La señorita de Battaincourt está aquí... —Adoptó aquella expresión de incertidumbre que le era familiar, y añadió—: Creo que está con una institutriz.

«No es una Battaincourt —rectificó Antoine para sus adentros—, puesto que es hija de Goupillot, el de los “Bazares del siglo xx”...»

Pasó a su alcoba para cambiar de cuello y de chaqueta. Concedía mucha importancia a su aspecto y se vestía con una discreción estudiada. Luego entró en su gabinete, se aseguró con una mirada de que todo estaba en orden y, lleno de energía en el umbral de esta tarde de trabajo, levantó la cortina y abrió la puerta de la sala de espera.

Una joven esbelta se levantó. Reconoció en ella a la inglesa que la primavera pasada había acompañado a la señora de Battaincourt y su hija. (Su memoria, fiel involuntariamente, le recordó, casi al mismo tiempo, un detalle que le había llamado la atención; al final de la visita, cuando sentado en su sillón redactaba el tratamiento, había levantado los ojos casualmente hacia la señora de Battaincourt y la *Miss*, quienes, vestidas ambas muy ligeramente, permanecían de pie, muy juntas, en el hueco de la ventana, y no había olvidado aquel destello que sorprendiera en la mirada de la bella Anne, mientras que, con un gesto acariciador de su mano desnuda, alisaba un mechón de cabellos sobre la sien sedosa de la institutriz.)

La inglesa inclinó la cabeza con un gesto desenvuelto e hizo pasar a la chiquilla delante de ella. Antoine, que se apartaba para dejarlas entrar, se sintió envuelto durante un instante en el aroma fresco de aquellos dos cuerpos jóvenes y cuidados. Ambas eran rubias, esbeltas y de carnación luminosa.

Huguette llevaba el abrigo al brazo y, aunque apenas tenía trece años, estaba ya tan desarrollada que resultaba extraño verla con un vestido de niña, muy corto, sin mangas, y dejando al descubierto una piel de pilluela dorada por el sol estival. Su pelo, de un rubio cálido, se dividía en tirabuzones que encuadraban casi alegremente una fisonomía en la que la sonrisa indecisa y la mirada torpe indicaban más bien la melancolía.

La inglesa se había vuelto hacia Antoine. Su cutis de flor enrojeció vivamente en las mejillas, mientras trataba de explicar, en un francés melodioso como el canto de un pájaro, que la señora comía en la ciudad, que había recomendado que le enviaran el coche y que no tardaría en llegar.

Antoine se había acercado a Huguette y, dándole una palmadita en el hombro, la volvió de cara a la luz.

—¿Cómo nos encontramos ahora? —preguntó, distraído.

La pequeña sacudió la cabeza y sonrió como a disgusto.

Antoine pasaba revista rápidamente a la coloración de los labios, de las encías, de la mucosa del ojo, pero su mirada profunda estaba en otra parte. En el salón, hacía un momento, se había fijado en la forma en que la pequeña —tan donosa por naturaleza, según parecía— se había levantado torpemente del sillón y había venido a él con una rigidez casi imperceptible; luego, al propinarle aquella palmada sobre el hombro, su atención al acecho no había dejado de observar una ligera mueca y un levísimo movimiento de retroceso.

Era solamente la segunda vez que veía a la pequeña. No era el médico de la familia. Sin duda se debía a instigación de su marido, Simón de Battaincourt, antiguo amigo de Jacques, que la bella señora de Battaincourt hubiera hecho irrupción la primavera pasada en la consulta de Antoine para pedirle su opinión sobre el estado general de su hija, agotada —decía ella— por un crecimiento demasiado rápido. En aquella época, el reconocimiento de Antoine no había puesto de manifiesto ningún indicio de lesión. Pero, habiéndole parecido alarmante su estado general, había prescrito una higiene severa y hecho prometer que le traerían a la chiquilla todos los meses. No había vuelto a verla.

—Veamos —dijo—; si me hace el favor de quitarse todo eso...

—Miss Mary —llamó Huguette.

Antoine, sentado a su mesa, consultaba con una calma intencionada la ficha redactada en junio. Todavía no había encontrado ningún síntoma que mereciera la pena de ser tomado en consideración; pero le había surgido una sospecha y, aunque ya varias veces impresiones de este tipo le habían conducido a desenmascarar una enfermedad todavía latente, se negaba sistemáticamente a concederles demasiado crédito desde un principio. Desplegó la copia del examen radioscópico realizado la primavera pasada y lo estudió sin apresuramiento. Luego se levantó.

En medio de la estancia, medio sentada en el brazo de un sillón, Huguette se dejaba desnudar perezosamente. Cuando quería ayudar a la *miss* a soltar una lazada o un corchete, lo hacía con tanta torpeza que la inglesa le apartaba la mano; una vez, incluso, llegó ésta, enfadada, a darle un manotazo sobre los dedos. Esta brusquedad y cierta reserva en el rostro angelical de Mary, hizo suponer a Antoine que la guapa joven quería muy poco a la niña. Por otra parte, Huguette parecía tenerle miedo.

Se acercó.

—Gracias —dijo—; con esto basta.

La pequeña levantó hacia él unos admirables ojos azules, límpidos, llenos de luz. Sin saber por qué, quería mucho a este médico. (Por otra parte, a pesar de su fisonomía voluntariosa y de su aspecto tan afectado, pocas veces daba Antoine a sus enfermos la impresión de ser brusco; incluso los jóvenes, menos perspicaces, pocas veces se engañaban: la arruga de su frente, su mirada fija y penetrante, aquella mandíbula fuerte y crispada, les parecía solamente como una garantía de sagacidad y de fuerza. «Los enfermos —decía el profesor, con una sonrisa diabólica— sólo pretenden en realidad una cosa: que se les tome en serio...»)

Antoine comenzó por una minuciosa auscultación. Nada en los pulmones. Proseguía con método, como Philip. Nada en el corazón. «Mal de Pott... —le insinuaba una voz secreta—, mal de Pott...»

—Inclínese —dijo de repente—. O mejor aún, coja algo del suelo..., uno de sus zapatos, por ejemplo.

Huguette flexionó las rodillas para no arquear la espalda. Mala señal. Antoine deseaba todavía haberse engañado, pero tenía prisa por saber.

—Póngase bien derecha —prosiguió—. Crúcese de brazos. Así. Ahora inclínese... Dóblese... Más aún...

Huguette había vuelto a ponerse derecha; con una lentitud encantadora, sus labios se desunieron y se entreabrieron en una sonrisa amistosa.

—Me hago daño —murmuró en tono de disculpa.

—Bien —dijo Antoine. La contempló durante un instante, sin que pareciera verla. Luego la miró y le sonrió. Estaba encantadora y deseable, así desnuda, con el zapato en la mano y sus grandes ojos asombrados y tiernos, fijos en Antoine. Cansada ya de estar de pie, se apoyaba en el respaldo de una silla. La blancura satinada del torso hacía más oscuro el tono de albaricoque maduro que cubría los hombros, los brazos, los muslos redondos; este halo sugería la idea de una piel cálida, ardiente.

—Tiéndase aquí —ordenó, desplegando una tela sobre el canapé. Ya no sonreía, estaba de nuevo dominado por su inquietud—. Acuéstese sobre el vientre. Estírese bien.

Había llegado el momento decisivo. Antoine se arrodilló, se sentó firmemente sobre los talones y estiró los brazos para dejar libres los puños. Permaneció inmóvil durante dos segundos, como si reflexionara; su mirada inquieta se paseó distraída sobre aquella espalda rolliza y musculosa que se extendía ante él, desde la prominencia de los omóplatos al arco sombreado de los riñones. Luego, posando la palma de la mano sobre el codo tibio, que cedió ligeramente, apoyó dos dedos investigadores sobre la columna vertebral, y, procurando mantener una presión uniforme, contando las vértebras una por una, descendió lentamente a lo largo del rosario óseo.

Repentinamente, el cuerpo se estremeció, se hundió; Antoine no tuvo tiempo de levantar la mano. Una voz risueña y convencida, medio ahogada por los almohadones, exclamó:

—¡Me hace usted daño, doctor!

—¡No puede ser! ¿Dónde es? —Para desorientarla, tocó en otros diversos puntos—. ¿Aquí?...

—No.

—¿Aquí?

—Tampoco.

Entonces, para cerciorarse de que efectivamente no quedaba ninguna duda, y al tiempo que apoyaba el índice sobre el lugar exacto de la vértebra enferma, preguntó:

—¿Aquí?

La chiquilla dejó escapar un grito ahogado, que se transformó inmediatamente en una risa forzada.

Se produjo un momento de silencio.

—Vuélvase —dijo Antoine, con una dulzura completamente nueva.

Palpó el cuello, luego el pecho, luego las axilas. Huguette se contenía para no quejarse. Pero cuando oprimió los ganglios de las ingles, no pudo evitar un débil gemido.

Antoine se levantó; estaba impasible, pero evitó la mirada de la niña.

—Bueno, ya está bien —dijo como si se enfadara en broma—. ¡La verdad es que resulta demasiado cosquillosa!

Llamaban a la puerta, la cual se abrió al mismo tiempo.

—Soy yo, doctor —dijo una voz cálida; y con unos andares presuntuosos hizo su entrada la bella Anne—. Le ruego me perdone; ya sé que vengo vergonzosamente tarde... ¡Pero es que vive usted en un barrio imposible! —Se echó a reír—. Supongo que no me habrá esperado —añadió, buscando a su hija con la mirada—. ¡Ten cuidado de no coger frío, tú! —dijo sin la menor ternura—. Mary, ¿quiere ser tan amable de ponerle algo sobre los hombros? —Tenía inflexiones de contralto, graves y acariciadoras, que sucedían sin transición a las más ásperas resonancias.

Se acercó a Antoine. Su agilidad era provocativa, pero bajo la capa de espontaneidad de sus gestos asomaba siempre una cierta sequedad, en la que se traicionaba una violenta tozudez, corregida y disimulada por una larga costumbre de seducir, y de seducir por la dulzura. Un perfume almizclado, que parecía demasiado pesado para elevarse en el aire, flotaba a su alrededor. Con un gesto desenvuelto tendió a Antoine su mano enguantada de blanco, en la que entrechocaban las pulseras.

—¡Buenas tardes!

Su mirada gris penetró hasta el fondo de los ojos de Antoine. Éste vio su boca entreabierta. Bajo las ondulaciones morenas, minúsculas zonas más claras estriaban casi imperceptiblemente la piel de las sienes y hacían la carne más frágil alrededor de los párpados. Antoine apartó los ojos.

—¿Está usted contento, doctor? —preguntó la señora de Battaincourt—. ¿En qué fase de su reconocimiento se encuentra?

—Pues... por hoy ya se ha terminado —repuso Antoine, con una sonrisa hermética en sus labios. Y volviéndose hacia la inglesa, añadió—: Ya puede usted volver a vestirla, señorita.

—¡Reconocerá usted que se la he traído en buen estado! —exclamó la señora de Battaincourt, instalándose a contraluz por la fuerza de la costumbre—. ¿Le ha dicho que hemos pasado...

Antoine se había acercado al lavabo y, con la cabeza vuelta cortésmente hacia la señora de Battaincourt, comenzaba a enjabonarse las manos.

—... que hemos pasado por ella dos meses en Ostende? Por lo demás, ya se le nota: ¡qué tostada está! ¡Y si la hubiera visto usted hace seis semanas! ¿Verdad, Mary?

Antoine reflexionaba. La tuberculosis, esta vez, se había declarado: atacaba el edificio en sus cimientos, roía ya profundamente la columna vertebral. Se disponía a decir: «Lesiones curables...», pero no lo creía así. El estado general, a pesar de las apariencias, era inquietante. Todo el sistema ganglionar estaba tumefacto. Huguette era hija del viejo Goupillot, y esta herencia corrompida, al parecer, iba a poner en serio peligro su porvenir.

—¿... Le ha dicho que obtuvo el tercer premio de bronceado, en el concurso del «Palace»? ¿Y un accésit en el del Casino?

Ceceaba un poco, muy poco; lo imprescindible para añadir a su encanto terrible un toque tranquilizador de ingenuidad. Sus pupilas, cuya tonalidad glauca resaltaba sobre su cutis atezado, lanzaban sin razón unos destellos breves y excesivos. Desde su primer encuentro, Antoine la había irritado sordamente. Anne de Battaincourt gustaba de sentir sobre ella la mirada codiciosa de hombres y mujeres. Según transcurrían los años, iba sacando menos partido de ella; pero cuanto más platónico era el placer que experimentaba, más ansiosa parecía en mantener por doquiera este ambiente sensual. La actitud de Antoine la exasperaba, precisamente porque la mirada atenta y burlona que posaba sobre ella no estaba por completo exenta de deseo; sin embargo, ella apreciaba demasiado bien que era una clase de deseo fácilmente reprimible y que dejaba al pensamiento toda su lucidez.

Se interrumpió.

—Dispéñeme —dijo, con una carcajada—; con este abrigo me ahogo. —Y siempre sentada, sin apartar los ojos de Antoine, con un movimiento ondulante que hizo sonar su collar, se desembarazó del amplio abrigo de piel, que quedó colgando sobre su silla. Su pecho, más libre, palpitó; el escote de la blusa hacía destacar un cuello esbelto, todavía joven y, por así decirlo, insumiso: con tanto orgullo sostenía la cabecita en forma de casco, de perfil aquilino.

Inclinado ahora sobre sus manos, que enjugaba cuidadosamente, Antoine, distraído y preocupado, se representaba ya de antemano la inflamación progresiva de los tejidos óseos, el reblandecimiento y luego la rotura repentina de la vértebra cariada. Había que intentar, cuanto antes, el único remedio posible: encerrarla en un corsé de escayola durante meses, durante años tal vez...

—Este verano Ostende ha estado muy distraído —continuaba la señora de Battaincourt, alzando la voz, para ser escuchada por Antoine—. Un ambiente de locura; demasiada gente incluso... ¡Una feria! —Se echó a reír. Luego, viendo que el médico no le prestaba atención, fue disminuyendo la voz progresivamente, se calló y volvió hacia *Miss Mary*, que vestía a Huguette, una mirada complacida. Pero nunca soportaba por mucho tiempo el papel de espectadora; siempre se veía obligada a intervenir. Para arreglar una arruga del cuello, se levantó apresuradamente, rectificó

en un abrir y cerrar de ojos la disposición de la blusa y, dirigiéndose a la inglesa a media voz, inclinada con familiaridad hacia su rostro, dijo:

—¿Sabe una cosa, Mary? Me gusta más el camisolín que han hecho en Hudson; habrá que dárselo como modelo a Suzy... ¡Estáte de pie! —exclamó, enfadada—. ¡Siempre sentada! ¿Cómo quieres que se sepa si llevas el vestido bien puesto?... —Y, con un movimiento ágil, volvió el busto hacia Antoine—. ¡No puede usted imaginarse lo muy blandengue que se ha vuelto esta chicarrona, doctor! ¡Para mí, que siempre he tenido azogue en las venas; es algo horripilante!

Los ojos de Antoine se encontraron con los de Huguette, levemente interrogadores, y no pudo contener un ligero guiño de complicidad que hizo sonreír a la pequeña.

«Veamos —se dijo—. Hoy es lunes. Es necesario que el viernes o el sábado esté ya escayolada. Después, ya veremos.»

¿Después?... Se quedó pensativo durante algunos instantes. Veía claramente, en la terraza de un hospital de Berck, entre los «ataúdes» alineados de cara al aire salino, un coche más largo que los otros, y, sobre el colchón sin almohada, en el rostro vuelto de la enferma, aquella bella mirada, viva y azul, vagando sobre el horizonte de dunas...

—En Ostende —explicaba la señora de Battaincourt, insistiendo en sus quejas por la pereza de su hija— figúrese que organizaron clases de baile, por la mañana, en el casino. He querido que asistiera a ellas. ¡Después de cada baile, la señorita se desplomaba sobre las sillas, lloriqueaba, se hacía la interesante! Todo el mundo se enternecía... —Se encogió de hombros—. ¡A mí, que me molesta la compasión ajena! —lanzó fogosamente, dirigiendo hacia Antoine una mirada tan inflexible que éste recordó, de pronto, el rumor que había corrido años atrás de que el viejo Goupillot, celoso a última hora, había muerto envenenado. En un tono rencoroso añadió—: Era una cosa tan ridícula, que me vi obligada a ceder.

Antoine la envolvió en una mirada carente de toda indulgencia. Bruscamente, tomó una determinación. Renunciaría a tener una conversación formal con esta mujer, dejaría que se marchara y convocaría urgentemente al marido. Huguette no era hija de Battaincourt, pero Antoine recordaba lo que Jacques decía siempre de Simón: «Nada en la cabeza, pero un corazón de oro.»

—¿Está en París su esposo? —preguntó.

La señora de Battaincourt creyó que, finalmente, accedía a dar a la conversación un tono más mundano. ¡No se había dado mucha prisa! Tenía que pedirle algunas cosas, para las cuales era preciso provocar en Antoine una disposición de ánimo favorable. Se echó a reír y puso por testigo a la inglesa:

—¿Oye usted, Mary? No, mi querido doctor; ¡estamos condenados a Turena hasta febrero, para la caza! Apenas si he podido escaparme esta semana, entre dos hornadas de invitados, pero el sábado tendré otra vez la casa llena.

Antoine no contestó, y su silencio acabó de irritarla. Había que renunciar a

atraerse a este salvaje. Le encontraba ridículo con tantas cavilaciones; ¡y mal educado!

La señora de Battaincourt cruzó la habitación para recoger su abrigo.

«Bien —se decía Antoine—. Telegrafiaré inmediatamente a Battaincourt; tengo su dirección. Podrá estar en París mañana, o todo lo más, pasado mañana. El jueves, radiografía. Y consulta con el profesor, para mayor seguridad. La escayolaremos el sábado.»

Huguette, sentada en un sillón, se ponía los guantes con mucha formalidad. La señora de Battaincourt, de pie y completamente envuelta en la piel, reajustaba ante el espejo su peinado de walkiria, realzado con plumas de faisán dorado. No sin cierta acritud, preguntó:

—¿Y bien, doctor? ¿No receta nada? ¿Ninguna recomendación que hacer esta vez? ¿Le prohibiría usted que asistiera a algunas partidas de caza con *Miss Mary*, en carretela inglesa?

VI

UNA vez que la señora de Battaincourt hubo salido, Antoine volvió a su gabinete y abrió la puerta del salón.

Rumelles entró, con el paso de un hombre que no tiene nunca un minuto que perder.

—Siento haberle hecho esperar —dijo Antoine, a manera de disculpa.

El visitante hizo un cortés gesto de protesta y le alargó la mano con familiaridad. Parecía decir: «Aquí soy sólo un cliente.»

—¡Oh, oh! —dijo Antoine alegremente—. Seguro que viene usted, por lo menos, de ver al Presidente de la República.

Rumelles rió, complacido. Llevaba una levita negra con forro de seda y en la mano tenía una chistera. Por otra parte, su prestancia se acomodaba bastante bien con aquella indumentaria oficial.

—No del todo, amigo mío. Vengo de la embajada de Servia: una comida en honor de la misión Djanilozsky, que se encuentra esta semana de paso en París. Y después, todavía tengo trabajo: el ministro me envía a recibir a la reina Elisabeth, quien ha tenido la buena ocurrencia de anunciar que a las cinco y media visitaría la exposición de crisantemos. Afortunadamente, la conozco. Muy sencilla y muy simpática. Adora las flores y detesta el protocolo. Me limitaré a algunas palabras de bienvenida, sin nada de solemnidad.

Sonrió con aire de ausencia, lo que hizo pensar a Antoine que rumiaba su perorata: una improvisación respetuosa, galante y espiritual a la vez.

Rumelles había doblado ya la cuarentena. Una cabeza leonina, una espesa melena echada hacia atrás que rodeaba un perfil romano, más bien demasiado craso; un bigote arreglado con tenacillas, agresivo; unos ojos azules, premeditadamente inquietos y penetrantes. «Sin el bigote —pensaba Antoine algunas veces—, esta fiera hubiera tenido un perfil de cordero.»

—¡Y qué comida, amigo mío! —Hizo una pausa, cerrando los ojos a medias y moviendo la cabeza—. Veinte o veinticinco convidados, todos personalidades oficiales de primera fila, entre los que tal vez, contándolos bien, habría dos o tres inteligentes. Es espantoso... Sin embargo, creo haber obtenido algo útil. El ministro no sabe nada. Temo que todo me lo estropee, con sus modales de perro con hueso y todo... —Su dicción intencionada y la sonrisa sutil con que prolongaba las menores palabras, daban cierta agudeza, pero siempre la misma, a lo que decía.

—¿Me permite? —interrumpió Antoine, acercándose a su mesa—. Lo que tarde en redactar un telegrama urgente. Por otra parte, le escucho. ¿Cómo se encuentra hoy, después de esos ágapes servios?

Rumelles no pareció haber oído la pregunta.

Siguió perorando distraídamente. «En cuanto que ha podido tomar la palabra —

observó Antoine—, ya no parece tener prisa...» Y, en tanto que escribía el telegrama para Battaincourt, llegaban a su oído distraído retazos de frases:

—... desde que Alemania se agita... ¡Las manifestaciones de Leipzig en la inauguración de un monumento conmemorativo del centenario de 1813!... Cualquiera pretexto les parece bueno... ¡Esto se acerca, amigo mío, se acerca a grandes pasos! Espere solamente dos o tres años...

—¿El qué? —preguntó Antoine, levantando la cabeza—. ¿La guerra?

Observaba a Rumelles con una mirada burlona.

—Pues claro que la guerra —replicó su interlocutor con toda seriedad—. Vamos a ella de cabeza. —Siempre había tenido la manía inofensiva de predecir la guerra europea para un plazo breve. Algunas veces hubiérase dicho que contaba con ella, y en aquel momento, precisamente, añadió—: Será la ocasión para mostrarse a la altura de las circunstancias. —Frase ambigua que podía significar: «ir a batirse», pero que Antoine tradujo sin vacilar por: «encaramarse al Poder».

Rumelles, que se había acercado a la mesa, se inclinó hacia Antoine y bajó la voz instintivamente.

—¿Está usted al corriente de lo que pasa en Austria?

—Pues... Sí, como un profano en la materia.

—Tisza actúa ya como sucesor de Berchtold. Ahora bien: a Tisza le traté de cerca en 1910; es el peor de los aventureros. Por otra parte, lo ha demostrado en la presidencia del Parlamento húngaro. ¿Ha leído usted ese discurso en que amenaza a Rusia abiertamente?

Antoine había terminado de escribir y se puso en pie.

—No —dijo—. Pero, desde que tengo edad para leer periódicos, he visto siempre a Austria hacer ese papel de niño malo.

Y hasta ahora nunca ha tenido la menor importancia.

—Porque Alemania servía de freno. Pero, precisamente por eso, la actitud de Austria empieza a ser muy inquietante, a causa de la evolución que se ha producido en Alemania desde hace un mes, aproximadamente. Y eso es una cosa que la gente no sospecha.

—Explíqueme eso —dijo Antoine, interesado a pesar suyo.

Rumelles consultó el reloj y se irguió.

—No es nada nuevo que, a pesar de su alianza aparente, a pesar de los bonitos discursos de los dos emperadores, las relaciones entre Alemania y Austria desde hace seis o siete años...

—¿Y ese desacuerdo, no es para nosotros una garantía de paz?

—Inapreciable. Incluso «era» la única.

—¿«Era»?

Rumelles, gravemente, hizo un signo afirmativo.

—Todo esto, mi querido amigo, está a punto de cambiar... —Miró a Antoine como si se preguntara hasta dónde podía llegar, y agregó entre dientes—: Y tal vez

por nuestra culpa.

—¿Por nuestra culpa?

—Sí, señor; sí. Pero esto es otra cuestión. ¿Le he dicho que las personas más perspicaces de Europa creen que tenemos intenciones belicosas?

—¿Nosotros? ¡Eso es una tontería!

—El francés no viaja. El francés, mi querido amigo, no tiene ni la menor idea del efecto que puede hacer su política patrioterista vista desde afuera... De cualquier forma, el acercamiento progresivo de Francia, Inglaterra y Rusia, sus nuevos acuerdos militares, todo lo que se está tramando diplomáticamente desde hace dos años, todo esto, y con razón o sin ella, empieza a inquietar seriamente a Berlín. Frente a lo que ella llama de buena fe «las amenazas» de la Triple Entente, Alemania descubre de pronto que pudiera muy bien encontrarse completamente sola. Sabe que Italia solamente forma parte de la Tríplice en teoría. Por consiguiente, no tiene con ella más que a Austria, y ésta es la razón de que en estas últimas semanas le haya parecido de suma urgencia estrechar a toda prisa los lazos de amistad. Aun al precio de concesiones importantes. Aun al precio de un cambio de orientación. ¿Me comprende? De aquí a modificar bruscamente su actitud, a aceptar la política balcánica de Austria, a alentarla incluso, no hay más que un paso, y se dice que ese paso ya se ha dado. Esto es tanto más grave cuanto que Austria, habiendo notado las nuevas que corren, ha aprovechado inmediatamente, como usted ha visto, para levantar la voz. He aquí la razón de que Alemania se solidarice voluntariamente con las arrogancias austríacas, lo que de la noche a la mañana puede dar a tales arrogancias un alcance incalculable. ¡Toda Europa mezclada automáticamente en el avispero balcánico!... ¿Comprende ahora por qué se siente uno pesimista, o cuando menos inquieto, a poco que se esté informado?

Antoine callaba, escéptico. Sabía por experiencia que los especialistas en política exterior siempre prevén conflictos inevitables. Había llamado a León; de pie, junto a la puerta, esperaba a que viniera el criado para pasar por fin a las cosas serias, y con una mirada exenta de indulgencia observaba a Rumelles, quien, profundamente interesado en el tema y olvidado de la hora, iba y venía por delante de la chimenea. El padre de Rumelles, antiguo senador, había sido amigo del señor Thibault. (Había muerto justamente a tiempo para no poder asistir al ascenso de su hijo en los honores republicanos.) Antoine había tenido oportunidad en diversas ocasiones de encontrarse a Rumelles; pero, a decir verdad, nunca le había frecuentado tanto hasta una semana antes. Su opinión severa se afirmaba a cada visita. Había observado que esta locuacidad sostenida, esta cortesía preconcebida de hombre influyente, este interés por los grandes problemas, en un momento o en otro dejaban aparecer siempre algún rasgo mezquino en el que se revelaba ingenuamente la ambición personal, ambición que, sin ningún lugar a dudas, era el único sentimiento violento de que Rumelles era capaz. Antoine creía incluso que tal ambición era, en cierto modo, desproporcionada con sus merecimientos, que consideraba limitados: instrucción mediocre, timidez sin

modestia y carácter inconsistente; el conjunto estaba hábilmente disimulado bajo una apariencia de futuro gran hombre.

Sin embargo, León había venido a recoger el telegrama. «Tregua en la política y en la psicología», se dijo Antoine, volviéndose hacia aquel hablador empedernido.

—¿Entonces? ¿Sigue igual?

El rostro de Rumelles se oscureció bruscamente.

A principios de la semana anterior, Antoine había visto entrar en su consulta a Rumelles, sobre las nueve de la noche, completamente lívido. Atacado desde dos días antes por una enfermedad que no quería confesar a su médico de cabecera, y mucho menos a un desconocido —«porque», decía, «hágase cargo, mi querido amigo, estoy casado, soy en cierto modo un personaje oficial, tanto mi vida privada como mi vida pública están a merced de una indiscreción, de un chantaje...»—, había recordado que el joven Thibault era médico y venía a suplicar a Antoine que le tratara. Después de haber intentado inútilmente enviarle a un especialista, Antoine, siempre dispuesto a ejercer su arte y sintiendo curiosidad por tratar a este político, había consentido.

—¿De verdad que no ha experimentado ninguna mejoría?

Rumelles negó con la cabeza compungidamente y guardó silencio. Este charlatán impenitente no podía decidirse a hablar de su enfermedad, a confesar que en algunos momentos sufría un verdadero tormento y que poco tiempo antes incluso, después de la comida diplomática, había tenido que interrumpir una conversación importante para abandonar el salón: tan dolorosos se habían hecho los pinchazos.

Antoine reflexionó.

—Entonces —dijo con resolución— va a haber que ensayar el nitrato...

Abrió la puerta del «laboratorio» e hizo entrar a Rumelles, ahora silencioso; luego, vuelto de espaldas, preparó los medicamentos y llenó la jeringa de la cocaína. Cuando se volvió hacia su víctima, ésta se había despojado de la levita; sin cuello postizo, sin pantalón, ya no era sino un pobre diablo enfermo, dolorido, inquieto y humillado, que se quitaba avergonzado las vendas manchadas.

Pero todavía no se daba por vencido. Cuando Antoine se acercó, levantó un poco la cabeza y trató de sonreír con un resto de desenvoltura. Sin embargo, sufría de mil formas diferentes. Incluso por su soledad moral. Porque en su calamidad actual aumentaba su desgracia el no poder desprenderse de su máscara, el no poder confesar a nadie cuánto daño le hacía este accidente ridículo, no solamente en su carne, sino también en su orgullo. Desgraciadamente, ¿a quién hubiera podido hablar con entera libertad? No tenía ningún amigo. Desde hacía diez años, la política le había condenado a vivir aislado detrás de una barrera de camaradería hipócrita y desconfiada. Ni un afecto verdadero a su alcance. Sí, uno solo: el de su esposa; ésta era, en realidad, su única amiga, la única persona que le conocía y le amaba como realmente era; la única persona a quien hubiera deseado confiarse, pero precisamente aquella a quien tenía que ocultar con más cuidado esta aventura mezquina.

El dolor físico se encargó de poner término a estas reflexiones. El nitrato

comenzaba a actuar. Rumelles ahogó los primeros gemidos. Pero muy pronto, a pesar del efecto del calmante, tuvo que apretar los dientes y cerrar los ojos. La cauterización profunda le arrancaba lamentaciones de parturienta. Gruesas lágrimas brillaban en sus ojos azules.

Antoine sintió compasión.

—Vamos, hombre, un poco de valor; ya he terminado... Es doloroso, pero indispensable, y no durará mucho. Estése quieto, que le voy a poner otro poco de cocaína...

Rumelles no le escuchaba. Derrumbado sobre la mesa, bajo el reflector implacable, contraía y distendía las piernas como una rana de disección.

Cuando Antoine hubo conseguido por fin atenuar el dolor, dijo:

—Ya es el cuarto. ¿A qué hora tiene usted que irse?

—A las... A las cinco —balbuceó el desgraciado—. Tengo... el coche... abajo.

Antoine sonrió con una sonrisa amistosa, para darle ánimos, pero que disimulaba otra subrepticia. A pesar suyo, acababa de pensar en el chofer bien uniformado, con la escarapela tricolor, impasible en su asiento, que esperaba al señor delegado del ministro; luego, en la alfombra encarnada que en aquel momento estarían desenrollando bajo el toldo de la exposición de flores y sobre la cual, dentro de una hora, este Rumelles que gimoteaba aquí como un recién nacido al que cambian los pañales, el guapo Rumelles, en una palabra, con la levita bien ajustada y una vaga sonrisa bajo sus bigotes gatunos, saldría solo, con pasos medidos, al encuentro de la pequeña reina Elisabeth... Pero esta distracción no duró sino un minuto. Muy pronto, bajo la mirada del médico, ya no hubo sino un enfermo; menos que un enfermo, un caso; y menos todavía, una acción química, el efecto de un cáustico sobre una mucosa, efecto que él había provocado conscientemente, del que era responsable y cuyo desarrollo vigilaba con la imaginación.

Tres golpes discretos dados por León le hicieron volver a la realidad. «Aquí está Gise», pensó repentinamente, dejando el instrumental en una bandeja del autoclave. Y con prisa ahora por dejar a Rumelles, pero acostumbrado a no transigir con las obligaciones profesionales, esperó pacientemente hasta que el dolor hubo desaparecido.

—Descanse usted aquí a su gusto —dijo, eclipsándose—. Ahora no necesito esta habitación. Vendré a avisarle cuando falten diez minutos.

VII

LEÓN había dicho a Gise:

—Si la señorita hace el favor de esperar aquí...

«Aquí», era la antigua habitación de Jacques, oscurecida ya por el crepúsculo, llena de sombras y de silencio como una cueva. El corazón de Gise había latido al entrar en ella, y el esfuerzo que había tenido que hacer para vencer su malestar había tomado como siempre la forma de una plegaria, de una breve súplica a Aquel que no abandona nunca. Luego había ido a sentarse en aquel sofá cama en el que, tantas veces y en todas las edades, había venido a charlar con Jacquot. Se oían —¿era en el salón o en la calle?— los sollozos lastimeros de un niño. A Gise le costaba trabajo dominar su sensibilidad. Cualquiera nadería hacía ahora que las lágrimas la ahogaran. Afortunadamente, en este momento estaba sola. Tendría que ver a un médico. Pero no a Antoine. No se encontraba bien; había adelgazado demasiado. Los insomnios, indudablemente. No era una cosa natural a los diecinueve años... Por un momento pensó en el extraño encadenamiento de aquellos diecinueve años: aquella infancia interminable entre dos viejos, y luego, hacia los dieciséis, aquel gran pesar, complicado con tan penosos secretos.

León vino a dar la luz, y Gise no se atrevió a decirle que prefería estar rodeada por aquella penumbra. En la habitación, ahora iluminada, recordaba todos los muebles, todas las chucherías. Se notaba perfectamente que el cariño fraternal de Antoine le había impedido tocar nada, por cuestión de principios; pero, desde que hacía aquí sus comidas, todos los objetos habían ido cambiando de lugar y de destino, y todo presentaba un aspecto diferente: la mesa abierta en el centro de la habitación, el servicio de té que presumía sobre la mesa de escritorio, entre la panera y el frutero... Incluso la biblioteca... Antes, estas cortinillas verdes no estaban tan tirantes detrás de los cristales. Una de las cortinillas estaba entreabierta; Gise se inclinó y vio brillar la vajilla; León había amontonado los libros en los estantes de arriba... ¡Si este pobre Jacques hubiera podido ver su biblioteca transformada en aparador!

Jacques... Gise se negaba a pensar en él como en un muerto. No solamente no se hubiera sentido sorprendida de verle aparecer repentinamente en el umbral de la puerta, sino que, casi en todo momento, esperaba verle surgir delante de ella, y esta espera supersticiosa la mantenía desde tres años antes en una especie de sueño exaltado y deprimente. Aquí, entre estas cosas familiares, los recuerdos la asaltaban. No se atrevía a levantarse; apenas respiraba por temor a remover el aire, a profanar este silencio. En la chimenea hay una fotografía de Antoine. Sus ojos se detienen en ella. Recuerda el día en que Antoine se la dio a Jacques; entregó otra igual a la señorita; está arriba. Es el Antoine de antaño, al que quería como un hermano mayor, que ha sido su gran consuelo durante estos tres años de prueba. Desde que Jacques no está aquí, ¡cuántas veces ha bajado a buscar a Antoine para hablar del desaparecido!

¡Cuántas veces ha estado a punto de contarle su secreto! Ahora, todo ha cambiado. ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido entre ellos? Gise no podría alegar nada en concreto. Solamente recuerda la corta escena del mes de junio, la víspera de su marcha a Londres. Antoine parecía haber perdido la cabeza ante esta separación inminente, cuya razón secreta no podía adivinar. ¿Qué le dijo en realidad? Gise creyó comprender que ya no la quería sólo como un hermano mayor, sino que pensaba en ella «de otra manera». ¿Sería esto posible? ¿Tal vez son imaginaciones suyas? Pero no; incluso en las cartas ambiguas, demasiado tiernas y como reticentes que la ha escrito, ya no ha encontrado el afecto tranquilo de los años precedentes. Así, pues, desde su vuelta a Francia lo había evitado instintivamente y no ha tenido con él en aquellos quince días ni un solo momento de conversación a solas. ¿Qué le querrá hoy?

Gise se estremece. Es Antoine, su paso rápido y firme. Entra, se detiene y sonrío. Sus facciones denotan cansancio; sin embargo, la frente está despejada y la mirada animada y feliz. Gise, que se sentía ir a la deriva, se rehace inmediatamente; basta que Antoine aparezca, para que se esparza a su alrededor algo de su impulso vital.

—¡Buenas tardes, Nigrette! —dijo, sonriendo. (Era un mote cariñoso muy antiguo que el señor Thibault había dado a Gise, en un día de buen humor, en la época en que la señorita Waize, obligada a adoptar a su sobrina huérfana, acababa de recoger e instalar en el hogar burgués de la familia Thibault a esta hija de una malgache salvaje y que tenía todo el aspecto de una salvajilla.)

Gise pregunta, por decir algo:

—¿Tienes mucha gente hoy?

—¡Es el oficio! —contesta Antoine, alegremente—. ¿Quieres venir a mi despacho? ¿O prefieres quedarte aquí? —Y sin esperar su contestación, se sienta al lado de la joven—. ¿Cómo te encuentras? No nos vemos nunca... Llevas un chal muy bonito... Dame la mano... —Coge con desenvoltura la mano que Gise le abandona, la posa sobre su puño firme y la levanta—: Tu manita no está tan llena como antes... —Gise sonrío por cumplir, y Antoine ve formarse dos hoyuelos en sus mejillas morenas. La joven no hace nada por retirar el brazo, pero Antoine nota que está rígida, pronta a retroceder. Está a punto de murmurar: «No parece estar muy amable desde tu regreso», pero lo piensa mejor, frunce el ceño y calla.

—Tu padre ha querido volver a acostarse, a causa de la pierna —dice Gise, evasiva. Antoine no contesta. Hace mucho tiempo que no se encuentra a solas con Gise. Sigue mirando la manita morena; se dedica a observar el dibujo de las venas hasta la muñeca, delgada y musculosa. Examina los dedos uno a uno y se esfuerza por bromear: «Parecen cigarros rubios...» Pero, al mismo tiempo y como a través de una vaharada cálida, acaricia con la mirada toda la curva de este cuerpo flexible, replegado sobre sí mismo, desde la suave redondez de los hombros hasta la rodilla, que se marca bajo el chal de seda. ¡Qué atractivo para él en esta indolencia tan natural, tan cercana! Siente algo repentino, violento... Una oleada de sangre..., una

corriente detenida que amenaza romper los diques... ¿Resistirá el deseo de abrazarla, de atraer contra sí esta carne elástica y joven?... Se contenta con bajar la cabeza y rozar la manita con su mejilla. Balbucea:

—¡Qué finas son tus manos..., Nigrette! —Su mirada, una mirada de mendigo ebrio, se alza pesadamente hasta el rostro de Gise, que vuelve la cabeza instintivamente y retira su mano.

La joven pregunta, resueltamente:

—¿Qué era lo que querías decirme?

Antoine se domina.

—Lo que tengo que decirte es algo horrible, pequeña...

¿Terrible? Una sospecha atroz cruza el pensamiento de Gise. ¿Cómo? ¿Se derrumbarán ahora todas sus esperanzas? Su mirada, aterrada, recorre en pocos segundos toda la habitación, se posa con ansiedad en cada recuerdo del bienamado. Pero Antoine termina su frase:

—Padre está «muy» enfermo, ¿sabes?...

Al principio, Gise no parece haber oído. El tiempo necesario para volver desde tan lejos... Luego repite:

—¿«Muy» enfermo?

Y mientras lo dice, se da cuenta, repentinamente, de que ya lo sabía, sin que nadie se lo hubiera dicho. Con las cejas levantadas y una inquietud hasta cierto punto fingida, reflejada en los ojos, añade:

—Pero..., ¿enfermo hasta el extremo de...?

Antoine hace una señal afirmativa. Luego, en el tono de una persona familiarizada con la verdad desde hace mucho tiempo, agrega:

—La operación de este invierno, la extirpación del riñón derecho, sólo ha servido para una cosa: para que ya no sea posible hacerse ilusiones acerca de la naturaleza del tumor. El otro riñón se ha infectado casi inmediatamente. Pero la enfermedad ha tomado un aspecto diferente, se ha generalizado; afortunadamente, por decirlo así... Ello nos ayuda a engañar al enfermo. No sospecha nada ni se imagina que está perdido.

Después de una pequeña pausa, Gise pregunta:

—¿Cuánto tiempo crees que...?

La mira. Está contento. Será una buena esposa de médico. Sabe hacer frente a la realidad; ni siquiera ha llorado. Estos meses en el extranjero la han hecho madurar extraordinariamente. Se reprocha haber tenido siempre tendencia a considerarla más infantil de lo que es.

En el mismo tono contesta:

—Dos o tres meses, a todo tirar. —Y, rápidamente, añade—: Tal vez mucho menos.

Aunque su espíritu no tenga unas antenas muy sensibles, Gise ha percibido en estas últimas palabras una segunda intención relacionada con ella, y se siente aliviada

de que Antoine se quite la máscara sin pérdida de tiempo.

—Dime, Gise: ¿vas a dejarme solo ahora que estás enterada? ¿Vas a volver a Inglaterra, a pesar de todo?

La joven no contesta y mira dulcemente ante sí, con unos ojos brillantes, inmóviles. En su rostro redondo todo permanece inmóvil, a excepción de una pequeña arruga entre las cejas, que se forma y desaparece, reaparece y se borra, único indicio de su debate interior. Su primer impulso ha sido de ternura: esta invocación la ha conmovido. Nunca se le había ocurrido pensar que ella pudiera representar un apoyo para alguien, cuánto menos para Antoine, sobre el cual ha descansado siempre la familia entera.

¡Pero no! Olfatea la trampa, comprende por qué Antoine quiere que se quede en París. Todo en ella se subleva. ¡Su estancia en Inglaterra es el único medio de que dispone para realizar su gran designio, la única razón de su vida! ¡Si al menos pudiera explicárselo todo a Antoine! Desgraciadamente, esto sería develar el secreto de su corazón, y develarlo precisamente al corazón menos preparado para semejante confidencia... Más tarde, tal vez... Por carta... Ahora no.

Su mirada sigue quieta, con una expresión de obstinación que es ya para Antoine un triste presagio. Sin embargo, insiste:

—¿Por qué no quieres contestarme?

La joven se estremece, y sin abandonar su aspecto obstinado, responde:

—¡Pues claro que sí, Antoine! Me corre más prisa que nunca obtener ese diploma inglés. Voy tener necesidad de bastarme a mí misma mucho antes de lo que pensaba...

Antoine la interrumpe con un gesto de irritación.

Se siente sorprendido al notar en la expresión de esta boca cerrada, de esta mirada, como un desaliento sin remedio, y, al mismo tiempo, un destello, una exaltación que parece una vana esperanza. En estos sentimientos no hay lugar para él. Un impulso de despecho le hace levantar la cabeza. ¿Despecho, desesperación? La desesperación le domina, siente un nudo en la garganta: lágrimas... Y por una vez no trata de contenerlas ni de ocultarlas: aún pueden ayudarle a vencer esta tosudez incomprensible...

Efectivamente, Gise está muy emocionada. Nunca ha visto llorar a Antoine. Ni siquiera había pensado nunca que pudiera llorar. Evita mirarlo. Siente hacia él un afecto tierno y profundo; siempre piensa en él con íntima ternura, con entusiasmo. Desde hace tres años ha sido su único apoyo, el compañero robusto, experimentado, cuya proximidad ha sido el único consuelo de su vida. ¿Por qué parece desear de ella algo distinto de esta admiración, de esta confianza? ¿Por qué no puede demostrarle sus sentimientos fraternales?

Un timbrazo resuena en el recibimiento. Antoine escucha instintivamente. Ruido de puertas, y luego otra vez el silencio.

Están uno junto a otro, inmóviles, silenciosos, y sus pensamientos divergentes

galopan y galopan...

Finalmente, el timbre del teléfono... Pasos en el recibimiento. León entreabre la puerta.

—Llaman de casa del señor Thibault, señorita. El doctor Thérivier está arriba.

Gise se ha levantado instantáneamente.

Antoine pregunta a León con voz cansada:

—¿Cuántas personas hay en el salón?

—Cuatro, señor.

Se levanta a su vez. La vida recobra su curso. «Y Rumelles que me espera a menos diez», piensa.

Gise, sin acercarse, dice:

—Tengo que irme en seguida, Antoine... Adiós.

Antoine sonríe de forma extraña y se encoge de hombros.

—Entonces vete..., Nigrette —Y su propia entonación le recuerda la despedida de su padre aquella misma tarde: «Entonces vete, hijo mió.» Penosa coincidencia...

En otro tono añade:

—¿Quieres decirle a Thérivier que no puedo ausentarme en este momento? Si desea hablarme, que entre aquí al bajar. ¿De acuerdo?

Gise asiente con un movimiento de cabeza y abre la puerta; luego, como si tomara una determinación súbita, se vuelve hacia Antoine...; pero no... ¿Qué decirle? Puesto que no puede decírselo «todo», ¿para qué?... Y, ajustándose aún más el chal, desaparece sin haber levantado los ojos.

—El ascensor está bajando —dice León—. ¿No espera la señorita? —Gise hace señas de que no y comienza a subir. Despacio, porque se siente agotada. Toda su energía se concentra ahora en una idea fija: ¡Londres! ¡Sí; marchar cuanto antes, sin esperar siquiera el final de su permiso! ¡Ah, si Antoine pudiera saber lo que representa para ella su estancia al otro lado del Canal!

Hacía ya dos años, una mañana de septiembre (diez meses después de la desaparición de Jacques), el cartero de Maisons-Laffitte, con el que Gise se cruzó por casualidad en el jardín, le había entregado un cestillo dirigido a su nombre que llevaba la etiqueta de una tienda londinense de flores. Sorprendida, presintiendo repentinamente algo grave, había entrado en su habitación sin que la vieran, había cortado la cuerda, arrancado la envoltura y casi se había desvanecido al encontrar sobre un lecho de musgo húmedo un simple ramo de rosas. ¡Jacques! ¡Sus rosas! ¡Rosas encarnadas, unas rositas encarnadas con el centro negro; exactamente las mismas! ¡Septiembre, el aniversario! El sentido de este envío anónimo resultaba tan claro para ella como el de un mensaje cifrado del que hubiera tenido la clave. ¡Jacques no había muerto! El señor Thibault se engañaba. ¡Jacques vivía en Inglaterra! ¡Jacques la amaba!... Su primer impulso había sido el de abrir la puerta de par en par para gritar con toda la fuerza de sus pulmones: «¡Jacques está vivo!» Afortunadamente se había dominado a tiempo. ¿Cómo explicaría que aquellas rosas

encarnadas pudieran ser hasta tal extremo reveladoras? La acuciarían a preguntas. ¡Todo antes que traicionar su secreto! Había vuelto a cerrar la puerta y pedido a Dios que le diera fuerzas para callar, por lo menos basta la noche; sabía que Antoine vendría a cenar a Maisons.

Por la noche le había llevado aparte. Le había hablado de un envío misterioso: unas flores procedentes de Londres, donde ella no conocía a nadie. ¿Jacques?... Había que orientar las gestiones en esta nueva dirección a cualquier precio. Antoine, interesado, pero escéptico a causa del fracaso de todas sus tentativas desde hacía un año, había hecho emprender, no obstante, gestiones inmediatas en Londres. La florista había dado unas señas muy concretas del comprador que había hecho el encargo; ahora bien, estas señas no correspondían en modo alguno a las de Jacques. La pista había sido abandonada.

No por Gise. Era la única que estaba cierta. No había dicho nada más; con un dominio de sí misma que no se hubiera esperado de sus diecisiete años, había callado. Pero había tomado la resolución invencible de ir personalmente a Inglaterra y encontrar allí, costara lo que costara, las huellas de Jacques. Proyecto casi irrealizable. Durante dos años, con la perseverancia insidiosa y taciturna de aquellos seres primitivos que eran sus ascendientes, había ido haciendo posible este viaje poco a poco y organizándolo minuciosamente. ¡A costa de cuánto trabajo! Recordaba cada etapa. Había tenido que implantar, mediante pacientes maniobras, veinte ideas nuevas en el cerebro reacio de su tía. Primero: hacerla admitir que una joven sin fortuna, aunque sea de buena familia, necesita un medio de vivir; persuadirla después de que su sobrina tenía, como ella, vocación para cuidar niños; convencerla también de las dificultades de la competencia actual y de la necesidad, para una institutriz, de hablar el inglés correctamente. Luego hubo que relacionar hábilmente a la vieja señorita con una institutriz de Maisons-Laffitte, la cual acababa precisamente de perfeccionar sus estudios en una especie de instituto inglés, atendido por religiosas católicas, en los alrededores de Londres. La suerte había querido que el señor Thibault, metido en danza, obtuviera buenos informes acerca de la institución. Finalmente, después de mil aplazamientos, la señorita Waize había accedido la primavera última a la separación. Gise había pasado ya el verano en Inglaterra. Pero aquellos cuatro meses no habían dado ningún resultado positivo para lo que ella esperaba: había sido víctima de detectives sin escrúpulos y no había cosechado sino disgustos. Ahora era cuando iba a poder actuar, poniendo gente en movimiento. Acababa de vender algunas alhajas y de reunir sus ahorros. Por fin había logrado ponerse en contacto con agencias serias. Y, sobre todo, había hecho interesarse en su romántica empresa a la hija del *Commissioner of Metropolitan Police*, de Londres, en cuya casa había de comer cuando volviera a Londres y que podía representar una ayuda inapreciable. ¿Cómo no esperar?...

Gise llegaba al piso del señor Thibault. Tuvo que llamar; su tía nunca le había confiado las llaves de la casa.

«Sí; ¿cómo no esperar?», se dijo. Y, repentinamente, la certeza de que iba a encontrar a Jacques se apoderó de ella con tanta fuerza que se sintió completamente decidida. Antoine había dicho que aquello podía durar tres meses. «¿Tres meses? — pensó—. ¡Antes de tres meses yo lo habré logrado!»

Durante todo este tiempo, abajo, en la habitación de Jacques, Antoine, de pie ante la puerta que Gise había cerrado al salir, permanecía con la mirada fija en aquel rectángulo de madera, opaco e infranqueable.

Comprendía que había llegado a un punto culminante. Hasta ahora su voluntad — a la que casi siempre había puesto a prueba, y victoriosamente en lo más difícil— nunca se había empeñado contra lo irrealizable. En este momento, algo se apartaba de él. No era hombre para perseverar sin esperanzas.

Dio dos pasos vacilantes, se vio en el espejo y, acercándose, se acodó sobre la chimenea y acercó la cara para mirarse durante algunos segundos hasta el fondo de los ojos. ¿Y si de repente Gise hubiera dicho: «Sí; me caso contigo...»? Le estremeció un temor retrospectivo... «Es una tontería jugar con estas cosas», se dijo, girando sobre sus talones. Luego se acordó súbitamente: «¡Demonio, las cinco...! ¡Y la reina Elisabeth!»

Con paso rápido se dirigió al laboratorio. Pero León le detuvo; tenía la mirada apagada, su sonrisa era vaga y maliciosa.

—El señor Rumelles se ha ido. Se ha apuntado para pasado mañana, a la misma hora.

—Está bien —dijo Antoine, tranquilizado. Y, de momento, esta pequeña satisfacción bastó casi para borrar su inquietud.

Volvió a su gabinete, lo cruzó en diagonal y, levantando la cortina, con aquel gesto familiar que nunca realizaba sin cierto placer, abrió la puerta de la sala.

—Hombre —dijo, pellizcando al pasar la mejilla de un chiquillo que se adelantaba muy cohibido—. ¿Completamente solo, como un muchacho mayor? ¿Tus padres siguen bien?

Se apoderó del chico, lo atrajo hacia la ventana, se sentó a contraluz sobre un taburete y, con un movimiento firme y suave, inclinó hacia atrás la cabecita dócil para inspeccionar la faringe.

—Afortunadamente —murmuró sin apartar la vista—, esta vez sí que tenemos lo que se llama unas amígdalas... —Había recobrado intencionadamente esta voz fuerte y sonora, un poco incisiva, que tenía sobre los enfermos los efectos de un tónico.

Permanecía inclinado atentamente sobre el niño. Pero, sufriendo repentinamente un nuevo acceso de orgullo, no pudo evitar el pensar: «Por otra parte, si me parece, siempre podré llamarla por carta...»

VIII

CUANDO salía a despedir al chiquillo, se sorprendió al ver sentada en la banqueta del recibimiento a *Miss Mary*, la inglesa de piel amelocotonada.

Se levantó cuando se acercó a ella, y lo acogió con una sonrisa silenciosa, larga y adorable; luego, con aire resuelto, le alargó un sobre azulado.

Esta actitud tan diferente de la reserva mostrada dos horas antes, esta mirada enigmática y decidida, despertaron en Antoine, sin que supiera a punto fijo la razón, la idea de una situación insólita.

Intrigado, permanecía de pie en el recibimiento y abría ya el sobre blasonado, cuando vio que la inglesa se dirigía espontáneamente hacia el gabinete, cuya puerta había quedado abierta. La siguió, mientras desdoblaba la carta.

«Mi querido doctor:

»Tengo que hacerle dos peticiones sin importancia, y para que no sean mal recibidas las confío al intermediario menos desagradable que he podido encontrar.

»Primera. Esta aturdida de Mary ha esperado la muy tonta a salir de su consulta para confesarme que no se encuentra bien desde hace algunos días y que estas últimas noches no ha podido dormir a causa de la tos. ¿Tendría usted la amabilidad de examinarla detenidamente y darle algunos consejos?

»Segunda. Tenemos en el campo un anciano guarda que sufre horriblemente a causa del reuma. En esta época es una verdadera tortura. Simón se ha compadecido del pobre viejo y le pone inyecciones calmantes. Siempre tenemos morfina en nuestro botiquín; pero las últimas crisis han agotado completamente nuestra provisión, y Simón me ha recomendado mucho que le lleve, lo que no es posible sin autorización de un médico. Esta tarde se me ha olvidado por completo hablarle acerca de esto. ¿Sería tan amable de entregar a mi seductora intermediaria una receta, a ser posible “renovable”, para que pueda obtener inmediatamente “cinco o seis docenas de ampollas de un centímetro cúbico”?

»Le agradezco por anticipado esta segunda petición. En cuanto a la primera, mi querido doctor, ¿quién de nosotros dos deberé dar las gracias? No creo que le falten clientes menos agradables para auscultar...

»Afectuosos saludos.

»ANNE-MARIE S. DE BATTAINCOURT.

»P.D.—Tal vez se pregunte usted por qué no recurre Simón al médico de allí. Es un hombre limitado y sectario, que vota siempre contra nosotros y que no nos perdona que le hayamos negado la clientela del castillo. De no ser así, no le hubiera molestado.

Antoine había terminado su lectura, pero no levantó la cabeza. Su primer impulso había sido de irritación. ¿Por quién le tomaban? El segundo fue encontrar chusca la cosa y sentirse divertido.

Por haberlo probado él mismo, conocía el juego de los dos espejos que adornaban su gabinete. Tal y como estaba colocado, apoyado en la chimenea, podía ver a la inglesa, sin moverse, sin más que mover las pupilas bajo los párpados cerrados. Fue lo que hizo. *Miss Mary* estaba sentada un poco detrás de él, se quitaba los guantes, se había desabrochado el abrigo, descubierto el busto y miraba con distracción fingida cómo la puntera de su zapato chafaba la cenefa de una alfombra. Parecía, al mismo tiempo, intimidada y decidida. Imaginándose que no podría verla sin cambiar de sitio, levantó bruscamente sus largas pestañas y le lanzó una mirada azulada y breve como un relámpago.

Semejante influencia terminó con las últimas dudas de Antoine, que se volvió.

Sonrió. Conservaba la cabeza inclinada, leyendo de nuevo la carta tentadora, que dobló con lentitud. Luego, sin dejar de sonreír, se incorporó y su mirada vino a posarse sobre la de *Mary*. El encuentro de sus miradas fue para ambos perceptible como un choque. La inglesa vaciló un momento. Antoine no pronunció ni una sola palabra; con los párpados semicerrados, se limitó a hacer señas de que «no», moviendo la cabeza varias veces de derecha a izquierda, sin apresuramiento. Seguía sonriendo. Su fisonomía era tan expresiva que *Mary* no necesitó más. No se podía decir con más impertinencia: «No, señorita; no hay nada que hacer, lo siento... No me crea indignado; me río, he visto a otros muchos... Solamente lamento tener que decirle que ni siquiera a este precio hay nada que esperar de mí...»

La inglesa se había levantado de su asiento, sin voz, con el rostro encendido. Tropezó en la alfombra al retroceder hacia el vestíbulo. Antoine la seguía como si no hubiera nada más natural que aquella retirada precipitada; seguía encontrándolo divertido. *Mary* huía, con la mirada fija en el suelo, sin pronunciar palabra, tratando de abrocharse el cuello con su mano nerviosa y desnuda, que parecía exangüe junto a sus mejillas encendidas.

En el recibimiento tuvo que acercarse a ella para abrir la puerta. La inglesa esbozó una vaga inclinación de cabeza. Iba a devolverle el cumplido cuando ella hizo un gesto brusco; antes de que hubiera comprendido lo que ocurría, la joven le había arrebatado la carta de las manos, con una destreza de profesional, y se había precipitado hacia la escalera.

Antoine hubo de admitir, vejado, que la inglesa no carecía de destreza ni de presencia de ánimo.

Al volver a su gabinete se preguntaba qué cara pondrían dentro de poco la inglesa, la bella *Anne* y él, cuando se encontraran frente a frente. Esta idea le hizo sonreír de nuevo. Sobre la alfombra yacía un guante, que recogió y olfateó antes de

enviarlo alegremente al cesto de los papeles.

¡Estas inglesas!... Huguette... ¿Qué iba a ser de la enfermita entre aquellas dos mujeres?

Anocheecía.

León entró para cerrar las contraventanas.

—¿Ha venido la señora Ernst? —preguntó Antoine, después de una mirada a la agenda.

—Hace bastante tiempo, señor... Puede decirse que es toda una familia: la madre, el hijito y el viejo papá.

—Bien —dijo Antoine con decisión, levantando la cortina.

IX

EFFECTIVAMENTE, vio venir hacia él a un hombrecillo de unos sesenta años.

—Le ruego, doctor, me atienda un momento; quiero decirle algunas palabras.

El acento era pesado, un poco ceceante; el aspecto, tímido y distinguido.

Antoine volvió a cerrar la puerta cuidadosamente y señaló un asiento.

—Soy el señor Ernst... Ya le habrá dicho el doctor Philip... Gracias —murmuró, sentándose.

La fisonomía era simpática. Unos ojos muy hundidos, mirada triste y expresiva, pero cálida, brillante y juvenil. El rostro, por el contrario, era el de un viejo: consumido, arrugado, carnoso y demacrado al mismo tiempo, sembrado de oquedades y abultamientos sin la menor unión; la frente, las mejillas, la barbilla, parecían modelados, labrados con toques de pulgar. Un corto y tosco bigote, gris, azulado, cortaba la cara en dos. Los escasos cabellos, descoloridos, recordaban las hierbas que crecen en las dunas.

¿Notó el examen discreto de Antoine?

*—Tenemos aspecto de ser los abuelos del pequeño —hizo observar con melancolía—. Nos hemos casado muy tarde. Soy profesor de la Universidad; enseñé alemán en el liceo Carlomagno.

«Ernst —se dijo Antoine—, y con ese acento...; debe ser alsaciano.»

—Sin querer abusar de su tiempo, doctor, he creído que era indispensable, puesto que usted tiene la amabilidad de ocuparse del pequeño, que le explique ciertas cosas, ciertas cosas «confidenciales»... —Levantó los ojos; una sombra los empañaba. Precisó—: Quiero decir, cosas que mi esposa ignora.

Antoine inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Veamos —dijo su interlocutor, como si reuniera todo su ánimo. (Indudablemente, había preparado lo que tenía que decir; se puso a hablar, con los ojos fijos en la lejanía, de prisa, pero sin precipitación, como un hombre que tiene costumbre de hablar.)

Antoine tuvo la impresión de que Ernst prefería que no lo mirara.

—En 1896, doctor, tenía yo cuarenta y un años y era profesor en Versalles. —La voz perdió su aplomo—. Estaba prometido —dijo, haciendo cantar la «i»; daba a estas cuatro sílabas, como a las notas de un acorde lleno de arpeggios, una sonoridad asombrosa.

Prosiguió con mayor rudeza:

—Por otra parte, había tomado partido apasionadamente por el capitán Dreyfus. Es usted demasiado joven, doctor, para haber vivido ese drama de conciencia... — (Pronunciaba «drama» con una entonación ronca y solemne.)— Pero no ignorará que en aquella época era difícil ser al mismo tiempo funcionario y dreyfusista militante. —Añadió—: Yo era de los que se comprometen. —El tono era comedido, sin

jactancia, pero lo suficientemente firme para que Antoine adivinara perfectamente lo que habían sido quince años antes la imprudencia, la energía y la fe de este viejo tranquilo, de frente hundida y barbilla voluntariosa, y cuya mirada conservaba aún su negro resplandor.

—Esto —prosiguió el señor Ernst— es para explicarle la razón de que a la inauguración de curso en el año 96 me encontrara desterrado en el liceo de Argel. En cuanto a mi matrimonio... —murmuró con dulzura—, el hermano de mi novia, su único pariente, un oficial de marina (de marina mercante, aunque poco importa), profesaba ideas opuestas a las mías; nuestro compromiso se rompió. —Se esforzaba visiblemente por dar a los hechos una apariencia impersonal.

Con voz más sorda, prosiguió:

—Cuatro meses después de mi llegada a África me di cuenta de que estaba... enfermo. —De nuevo pareció vacilar, pero se rehízo—: No hay que tener miedo a las palabras: estaba enfermo de sífilis.

«Ya... —pensó Antoine—, el pequeño..., ya comprendo...»

—Visité inmediatamente a los mejores médicos de la Facultad de Argel. Siguiendo su consejo, me confié al mejor especialista de allí. —Dudaba en nombrarle —: Cierta doctor Lohr, cuyos trabajos tal vez conozca usted —dijo, finalmente, sin mirar a Antoine—. La enfermedad fue atacada, desde el primer momento, a la aparición de la primera y única lesión. Yo era un hombre capaz de seguir un tratamiento con exactitud. Incluso riguroso. Lo he hecho. Cuando fui trasladado de nuevo a París, cuatro años más tarde (después de apaciguarse el asunto), el doctor Lohr me afirmó que desde hacía un año me consideraba como totalmente curado. Le creí. De hecho no he tenido nunca posteriormente el menor accidente ni la más ligera amenaza de recaída.

Volvió la cabeza, despacio, y buscó los ojos de Antoine. Éste hizo señas de que escuchaba con atención.

No se contentaba con escuchar: observaba al individuo. Por el aspecto, por su actitud, imaginaba lo que había podido ser la carrera laboriosa y leal de este pequeño profesor de alemán. Había conocido otros parecidos. En cuanto a éste, le adivinaba superior a su tarea. Se le notaba también acostumbrado desde mucho tiempo atrás a esta reserva, a este repliegue de decencia que impone a ciertas naturalezas escogidas una situación embarazosa, una vida ingrata, falta de recompensa, pero admitida por un corazón fiel y firme. El tono de voz con que había anunciado la ruptura de su matrimonio decía mucho acerca de lo que había debido significar en aquella existencia solitaria este amor contrariado; por otra parte, el ardor reprimido de algunas miradas revelaba de una manera conmovedora, en este dómine encanecido, una sensibilidad tan lozana como la de un adolescente.

—Seis años después de mi regreso a Francia —prosiguió—, mi prometida perdió a su hermano. —Escogía las palabras; murmuró simplemente—: Pude volver a verla...

Esta vez su emoción le obligó a interrumpirse.

Antoine, con la cabeza inclinada, esperaba discretamente. Se sorprendió al oír de pronto que la voz del profesor se elevaba con acento de angustia:

—Doctor, no sé lo que usted podrá pensar de un hombre que ha hecho lo que yo... Esta enfermedad, este tratamiento, eran ya una vieja cuestión que databa de diez años atrás; un asunto olvidado... Ya había pasado el medio siglo... —Suspiró—. Durante toda mi vida he sufrido a causa de mi soledad... Le digo las cosas sin orden ni concierto, doctor...

Antoine levantó los ojos. Había comprendido, incluso antes de ver este rostro. Ser un intelectual y tener por único hijo a un enfermo mental ya tenía que ser una verdadera tragedia. ¿Pero a dónde no llegaría para el padre, cuando éste, además de tal suplicio, está convencido de ser el único responsable y, asaltado por los remordimientos, asiste impotente al destino que él mismo ha desencadenado?

Emst explicaba, con voz cansada:

—Sin embargo, sentí ciertos escrúpulos. Pensé consultar a un médico. Casi lo hice. Es decir, no. No hay que tener miedo a la verdad. Hacía lo posible por persuadirme de que era inútil. Me repetía lo que me había dicho Lohr. Busqué un procedimiento indirecto. Cierta día, en casa de un amigo, coincidí con un médico y llevé la conversación sobre el tema para conseguir que me afirmara, una vez más, que hay curaciones «definitivas». Ya no pedía más para acallar mi inquietud...

Se detuvo de nuevo.

—Además, yo me decía: «Una mujer, a esta edad, ya no hay que temer que..., que tenga... un hijo...»

Un sollozo le formó un nudo en la garganta. No había bajado la cabeza; permanecía inmóvil, con los puños apretados, tan tensos los músculos del cuello que Antoine los veía vibrar. Dos lágrimas, que no llegaron a rodar, vinieron a hacer más brillante su mirada fija. Quería hablar. Hizo un esfuerzo, y con una voz entrecortada, desgarradora, balbuceó:

—¡Compadezco... a esta criatura..., doctor!

Antoine sintió el corazón oprimido. Afortunadamente, la intensidad de la emoción provocaba en él casi siempre una sobreexcitación que se traducía inmediatamente en una necesidad acuciante de decidir algo y de obrar.

No lo dudó ni un segundo.

—¿Y por qué? —preguntó, fingiendo sorpresa. Se levantó, arrugando el entrecejo, aparentando haber seguido el relato muy confusamente y vacilar en comprender lo que el otro quería decir—. ¿Qué relación hay entre ese..., ese accidente, que fue tratado desde el principio, que ha sido curado por completo, y... y la enfermedad, tal vez circunstancial, de ese niño?

Ernst le miraba, petrificado.

El rostro de Antoine se iluminó con una amplia sonrisa.

—Mi querido señor: si yo comprendo bien, esos escrúpulos le enaltecen. Pero soy

médico y permítame que le hable sin rodeos: desde el punto de vista científico son... absurdos.

El profesor se había levantado, como para avanzar hacia Antoine. Permanecía inerte, de pie, con la mirada fija. Era una de esas personas cuya vida interior es amplia, profunda, que cuando sienten una sospecha no pueden deshacerse de ella y le abandonan su corazón entero. Desde hacía años llevaba en su pecho este inmenso remordimiento, que ni siquiera se había atrevido a confesar a su compañera de martirio, y éste era el primer minuto de respiro, la primera esperanza de liberación.

Antoine adivinaba todo esto. Pero, temiendo preguntas más precisas, que le hubieran obligado a mentiras más rebuscadas y difíciles, rompió los lazos deliberadamente. Dio la impresión de que le parecía inútil entretenerse más con aquellas quimeras deprimentes.

—¿Ha nacido el niño antes de tiempo? —preguntó inesperadamente.

Ernst agitó las pestañas.

—¿El niño?... ¿Antes de tiempo?... No...

—¿Parto laborioso?

—Muy laborioso.

—¿Fórceps?

—Sí.

—¡Ah! —dijo Antoine, como si estuviera sobre una pista importante—. Eso ya nos explica muchas cosas... —Luego, para terminar cuanto antes, al tiempo que se levantaba y se dirigía hacia la sala, dijo—: Bien, y ahora veamos al enfermito.

Pero el profesor dio un paso rápido, le cerró el camino y le puso la mano sobre el brazo.

—Doctor, ¿es verdad eso? ¿Es verdad? ¿No me lo dice para...? Doctor, deme usted su palabra... Su palabra, doctor...

Antoine se había vuelto. Vio aquel rostro implorante en el cual se mezclaba ya un deseo anhelante de creer con un agradecimiento sin límites. Una alegría muy especial se apoderó de él: la alegría de la acción y del éxito, la alegría de la buena acción. En cuanto al pequeño, ya se vería lo que se podía hacer. Pero en cuanto al padre no había que dudarle: librar a este desgraciado, a cualquier precio, de una desesperación tan inútil.

Entonces fijó su mirada en la de Ernst y gravemente, en voz baja, dijo:

—Le doy mi palabra.

Luego, después de un breve silencio, abrió la puerta.

En la sala, una señora de edad, vestida de negro, hacia lo posible por mantener sobre sus rodillas a un diablillo con tirabuzones negros, que al principio retuvo toda la atención de Antoine. Al ruido de la puerta, el niño dejó de jugar y fijó sobre este desconocido sus ojos negros, grandes e inteligentes; luego, sonrió; luego, intimidado por su propia sonrisa, se volvió avergonzado. Antoine desvió la mirada hacia la madre. Su rostro marchito estaba embellecido por tanta tristeza y tanta dulzura que se

sintió ingenuamente conmovido y se dijo inmediatamente: «¡Vamos... Hay que poner manos a la obra! ¡“Siempre” es posible obtener buenos resultados!»

—¿Tiene usted la bondad de pasar por aquí, señora?

Sonreía caritativamente; quería dar a la pobre mujer, desde el primer momento, una limosna de confianza. A sus espaldas oía el aliento contenido del profesor. Tenía la cortina alzada pacientemente y miraba cómo se acercaban a él madre e hijo. Se sentía alborozado. «¡Qué profesión tan noble, Señor, qué profesión tan noble!»

X

HASTA la noche los clientes se sucedieron, sin que Antoine se diera cuenta ni de su cansancio ni de la hora; cada vez que abría la puerta de la sala, su actividad se renovaba sin esfuerzo. Después de haber despedido a su último cliente —una mujer joven y bella, que llevaba en brazos a un niño encantador, al que Antoine consideraba amenazado de una ceguera casi total—, se quedó estupefacto al ver que eran las ocho. «Demasiado tarde para el flemón del chaval —se dijo—; pasaré por la calle de Verneuil cuando vuelva esta noche de casa de Héquet.» Volvió a su gabinete, abrió la ventana para renovar el aire y se acercó a una mesita baja sobre la que se apilaban unos libros; buscaba algo que leer durante la comida. «Debiera repasar algo en relación con el caso del pequeño Ernst», pensó. Hojeó rápidamente los números atrasados de la *Revista de Neurología*, para encontrar la famosa discusión de 1908 acerca de la afasia. «Un caso verdaderamente típico el de este pequeña —pensó—. Hablaré de él a Treuillard.»

Sonrió al pensar en Treuillard y en sus manías legendarias. Recordó el año de internado que pasara en el servicio de este neurólogo. «¿Cómo diablos entraría yo allí? —se preguntó—. Habrá que creer que estas cuestiones me preocupan desde hace mucho tiempo... ¿Quién sabe si no hubiera tenido más éxito dedicándome a las enfermedades nerviosas y mentales? Queda tanto por hacer en ese terreno...» Y bruscamente surgió ante él la imagen de Rachel. ¿Por qué esta asociación de ideas? Rachel, que no tenía ninguna cultura médica ni científica, mostraba una inclinación muy marcada hacia todos los problemas de la psicología, e indudablemente había contribuido a desarrollar en Antoine este interés tan vivo que sentía ahora hacia las personas. Por otra parte —¿cuántas veces lo habría comprobado ya?—, sus breves relaciones con Rachel le habían transformado en muchos aspectos.

Su mirada se hizo ensoñadora, tiñéndose de melancolía. Permanecía de pie, con los hombros caídos, balanceando entre el pulgar y el índice la revista médica. Rachel... No podía evocar sin una sacudida dolorosa la imagen de aquella extraña criatura que se había cruzado en su vida. Nunca había recibido de ella la menor noticia. Y en el fondo no le extrañaba; no se le ocurría que Rachel pudiera estar viva todavía en algún lugar del mundo. Atacada por el clima, por las fiebres... Víctima de la mosca tsé-tsé... Muerta en un accidente, ahogada, estrangulada tal vez..., pero muerta; de eso no había duda.

Se rehízo, se puso la revista bajo el brazo, salió al recibimiento y llamó a León para la cena. Entonces le vino a la memoria un exabrupto de Philip. Cierta día que, después de una ausencia del profesor, Antoine le informaba acerca de los nuevos hospitalizados en el servicio, Philip, entre bromas y veras, le había posado la mano sobre brazo.

—Me tiene usted preocupado, joven: ¡Cada vez se interesa más por la mentalidad

de los enfermos y menos por sus enfermedades!

La sopera humeaba sobre la mesa. Al sentarse, Antoine notó que estaba cansado: «¡Qué profesión tan magnífica, a pesar de todo!», se dijo.

Su conversación con Gise se le vino a la memoria una vez más, pero abrió su revista apresuradamente y se esforzó en alejar aquel recuerdo. En vano. El ambiente de esta habitación, llena aún de la presencia de Gise, se imponía a él como un testimonio abrumador. Recordó algunas obsesiones de los últimos meses. ¿Cómo había podido, durante todo un verano, acariciar un proyecto que no descansaba sobre nada? Ante este sueño destruido se sentía igual que ante los restos de un decorado de teatro, cuyo hundimiento no deja tras sí sino un polvo inconsistente. No sufría apenas. Incluso no sufría. Solamente se sentía herido en su orgullo. Todo esto le parecía mediocre, pueril, indigno de él.

Un timbrazo tímido, que sonó en el recibimiento, fue una distracción bien recibida. Inmediatamente soltó la servilleta y aguzó el oído, con la mano sobre el mantel, dispuesto a levantarse y a hacer frente inmediatamente a lo imprevisto.

Primero, hubo un conciliábulo y un rumor de voces de mujer; por fin se abrió la puerta y, con gran sorpresa de Antoine, León hizo pasar sin cumplidos a dos mujeres. Eran las dos criadas del señor Thibault. Al primer instante, Antoine no las reconoció a causa de la oscuridad; luego, suponiendo repentinamente que venían a buscarle, se levantó con tanta brusquedad que la silla cayó al suelo.

—No, no... —exclamaron las dos mujeres, en el colmo de la confusión—. Discúlpennos, señorito Antoine. Nosotras creímos molestarle menos viniendo a esta hora.

«He pensado que padre había muerto», se dijo Antoine simplemente, y se dio cuenta de cuán preparado estaba para este final. La idea, plausible, por otra parte, de una embolia provocada por los desarreglos flebíticos, se había apoderado inmediatamente de su mente. Pensando entonces en el lento suplicio que este accidente brutal hubiera evitado, no pudo por menos de experimentar una especie de decepción.

—Sentaos —dijo—; voy a terminar de cenar, porque aún tengo que hacer algunas visitas esta noche.

Las dos mujeres permanecieron de pie.

La madre de ellas, la vieja Jeanne, estaba de cocinera en casa del señor Thibault desde hacía veinticinco años. Ahora bien: de edad ya avanzada, con las piernas llenas de varices, confesando ella misma que ya no era sino «un trasto viejo», había prescindido de toda actividad; sus hijas le traían un sillón junto al fogón y allí pasaba los días, con un hurgón en la mano, por la fuerza de la costumbre, conservando la ilusión suprema de que aún asumía alguna responsabilidad porque estaba al corriente de todo, hacía algunas veces la mayonesa y durante todo el día abrumaba a sus hijas de consejos, aunque ambas hubieran pasado ya la treintena. Clotilde, la mayor, mujer robusta, afectuosa, pero poco comedida, charlatana, pero ruda para el trabajo, había

conservado el carácter rústico y el hablar pintoresco de su madre, por haber sido durante mucho tiempo criada de una granja allá en su pueblo; ella era la que se ocupaba ahora de la cocina. La otra, Adrienne, más fina que su hermana mayor, había sido educada por las monjas y siempre había trabajado en la ciudad; le gustaba la ropa blanca, las novelas, tener un ramito de flores sobre su mesa de trabajo y las ceremonias religiosas de Santo Tomás de Aquino.

Como siempre, Clotilde había tomado la palabra:

—Venimos a causa de la madre, señorito Antoine. Desde hace tres o cuatro días se ve perfectamente que la pobre mujer está mala. Es un bulto que tiene aquí delante, a la derecha. Por la noche no puede dormir, y cuando la pobre vieja va a hacer sus necesidades, se la oye quejarse como un niño. Pero aguanta mucho el dolor y no quiere decir nada. Haría falta que el señorito Antoine viniera como si tal cosa, ¿verdad Adrienne?, y que luego, de repente, observara él mismo el bulto, bajo el delantal.

—Eso es muy fácil —dijo Antoine, sacando su libro de notas—. Mañana entraré en la cocina con cualquier pretexto.

Adrienne, mientras que su hermana explicaba el asunto, cambiaba el plato de Antoine, le acercaba la panera, apresurándose por hábito a servir la mesa.

Todavía no había dicho ni palabra. Con una voz poco firme, preguntó:

—¿Cree el señorito Antoine que..., que puede ser una cosa grave?

«Un tumor que evoluciona con tanta rapidez... —pensó Antoine—. ¡Arriesgarse a una operación a la edad de la vieja!» Se representó con una precisión cruel todo lo que sabía que era posible en tales casos: el monstruoso desarrollo del neoplasma, sus estragos, el ahogo progresivo de los órganos... Peor aún: la horrible y lenta descomposición de tantos muertos en vida...

Con el ceño fruncido y un gesto displicente en la boca, evitaba cobardemente encontrarse con aquella mirada, a la cual no hubiera sabido mentir. Rechazó el plato e hizo un gesto evasivo. Afortunadamente, la gruesa Clotilde, que era incapaz de soportar un momento de silencio sin decir nada, contestaba ya por él:

—Seguramente que no se puede decir por adelantado; el señorito Antoine tiene que verlo primero. Ahora, yo lo que sé es una cosa: que la madre de mi difunto marido terminó por morir de un enfriamiento al pecho, después de haber tenido el vientre hinchado más de quince años.

XI

UN cuarto de hora después, Antoine llegaba al treinta y siete bis de la calle de Verneuil.

Unas viejas construcciones que daban a un patinillo oscuro. En el piso sexto, a la entrada de un pasillo que olía a gas, la puerta número tres.

Robert vino a abrir, con una lámpara en la mano.

—¿Y tu hermano?

—¡Ya está curado!

La lámpara iluminaba de cerca una mirada franca, alegre, un poco dura, madurada demasiado pronto, y un rostro de niño animado por una energía precoz.

Antoine sonrió.

—¡Vamos a verlo! —Y, cogiendo él mismo la lámpara, la levantó para orientarse.

El centro de la habitación estaba ocupado por una mesa redonda, cubierta por un hule. Indudablemente, Robert estaba escribiendo; un enorme registro estaba abierto entre un tintero destapado y una pila de platos, sobre la cual un mendrugo de pan y dos manzanas componían una humilde naturaleza muerta. La habitación estaba bien arreglada, casi cómoda. Hacía calor. Sobre el hornillo que había delante de la chimenea ronroneaba una cacerola.

Antoine se acercó a la alta cama de caoba que ocupaba el fondo de la habitación.

—¿Estabas dormido?

—No, señor.

El enfermo, que evidentemente acababa de despertarse sobresaltado, se había incorporado sobre el codo válido y guiñaba los ojos, sonriendo sin timidez.

El pulso era tranquilo. Antoine dejó sobre la mesilla la caja de compresas que había traído y empezó a quitar el vendaje.

—¿Qué es lo que tienes hirviendo en la estufa?

—Agua. —Robert se echó a reír—. Vamos a hacer tila, que me ha dado la portera. —De repente, guiñó un ojo—. ¿Quiere usted un poco, eh? ¿Con azúcar? ¡Sí; diga usted que sí!

—No, no; muchas gracias —dijo Antoine, divertido—. Pero necesito agua hervida para lavar esto un poco. Echame en un plato limpio. Bien. Vamos a esperar a que se enfríe un poco. —Se sentó y miró a los dos niños, que le sonreían como a un amigo de siempre. Pensó: «Parecen sinceros, ¿pero se sabe acaso?»

Se volvió hacia el mayor.

—¿Y a qué se debe que a vuestra edad viváis aquí completamente solos?

Un gesto indeterminado, un movimiento de cejas que parecía decir: «¡Qué remedio queda!»

—¿Qué ha sido de vuestros padres?

—¡Oh, los padres...! —dijo Robert, como si realmente se tratara de una historia

demasiado antigua—. Nosotros vivíamos aquí con mi tía. —Se quedó pensativo y señaló la enorme cama con el dedo—: Y luego se murió una noche, el 10 de agosto, hace ya más de un año. Fue muy desagradable, ¿verdad Loulou? Afortunadamente estábamos en buenas relaciones con la portera: no le ha dicho nada al casero y hemos podido quedarnos.

—¿Y el alquiler?

—Se paga.

—¿Quién?

—Nosotros.

—¿Y de dónde sale el dinero?

—Pues se gana, ¡caramba! Es decir, lo gano yo. Porque mi hermano es igual que si no ganara nada. Habrá que encontrarle otra cosa. Está en Brault, ¿le conoce usted?, en Grenelle. Para hacer recados. Cuarenta francos mensuales y sin comida. Eso no es pagar; ¿no le parece? ¡Nada más que en medias suelas, fíjese! —Calló y se inclinó interesado, porque Antoine acababa de quitar el apósito. El absceso había supurado muy poco; el brazo estaba deshinchado; la herida tenía buen aspecto.

—¿Y tú? —preguntó Antoine, humedeciendo las compresas.

—¿Yo?

—¿Tú te ganas bien la vida?

—¡Oh!, yo —dijo Robert en un tono vacilante que de repente se desplegó como una bandera—. Yo..., ¡yo me las arreglo!

Antoine, sorprendido, levantó los ojos y vio esta vez una mirada aguda, en cierto modo inquietante, en una carita apasionada y voluntariosa.

El chicuelo no pedía sino hablar. Ganarse la vida era su gran objetivo, el único que merecía la pena, hacia el que tendían sin descanso todos sus pensamientos. Comenzó a hablar en un tono voluble, con prisa de decirlo todo, de confiar su secreto.

—Como auxiliar, cuando murió la tía, no ganaba más que sesenta francos al mes. Pero ahora hago también el Palais; esto hace ciento veinte francos seguros. Y además, el señor Lamy, el escribiente mayor, ha autorizado que yo sustituya al encerador que enceraba la oficina por las mañanas, antes de entrar los empleados. Un tío cuentista que no enceraba sino cuando había barro, y aun eso, donde se veía, delante de las ventanas. ¡No crea usted que han perdido en el cambio!... Esto me supone ochenta y cinco francos más. ¡Y a mí me gusta eso de patinar!... —Silbó—. Y no es eso todo... Además, tengo otros procedimientos.

Vaciló un poco y esperó a que Antoine volviera de nuevo la cabeza hacia él; de una mirada pareció juzgar definitivamente a su hombre. Aunque tranquilizado indudablemente, creyó prudente, no obstante, comenzar con un preámbulo:

—Le cuento esto porque sé que puedo hacerlo. Pero usted como si no supiera nada, ¿eh? —Luego elevó la voz y se embriagó poco a poco con sus confidencias.

—¿Conoce usted a la señora Jollin, la portera del tres bis, enfrente de su casa? Pues bien (no se le ocurra decirlo nunca), esa buena mujer fabrica unos cigarrillos

especiales para sus clientes... Incluso si usted quiere alguna vez... ¿No?... Y, sin embargo, son muy buenos y dulces, nada apretados. Y no son caros. Ya le daré yo para que los pruebe... De todas formas, parece ser que ese oficio está archiprohibido. Por consiguiente, para llevar los paquetes y coger los cuartos sin que le pillen a uno, hay que saber hacer las cosas. Yo me encargo de eso, como el que no quiere la cosa, de seis a ocho, después del trabajo.

Y a cambio, ella me da de comer todos los días, excepto los domingos. Y no guisa mal; nada de eso. ¡Ya ve usted si no representa una economía! Sin contar con que, casi siempre, al pagar su factura, los clientes me dan alguna propinilla: diez céntimos, veinte céntimos; depende... Y gracias a estas cosillas, unas con otras, nos vamos arreglando...

Una pausa. Antoine adivinó en la entonación que el chiquillo debía de tener en los ojos un resplandor de orgullo. Pero intencionadamente evitó levantar la cabeza.

Robert, lanzado, continuó alegremente:

—Cuando Louis vuelve por la noche está molido y hacemos aquí la cena: una sopita, o huevos, o queso; esto se prepara de prisa; y lo preferimos a las tascas, ¿verdad, Loulou? E incluso, ya lo ve usted, algunas veces me entretengo haciendo los encabezamientos de las páginas para el cajero. Me encantan los títulos bien escritos, con letra redondilla; lo haría nada más que por gusto... En el escritorio...

—Dame los imperdibles —interrumpió Antoine. Fingía indiferencia, temiendo que el muchacho se aficionara a entretenerle con su charla atrevida y descarada. Sin embargo, para sus adentros, pensaba: «Estos chavalines se merecen que no se les pierda de vista...»

El vendaje estaba terminado y el brazo otra vez en cabestrillo. Antoine consultó su reloj.

—Volveré mañana, hacia el mediodía. Y luego serás tú el que tendrá que ir a mi casa. El viernes o el sábado creo que podrás volver a trabajar.

—¡Mu... muchas gracias, señor! —exclamó por fin el enfermito. Su voz, que estaba mudando, parecía haber tomado una amplitud desmesurada, y resonó de una manera tan rara en el silencio que Robert rompió a reír; una risa extraña, excesiva, en la que se traicionaba repentinamente la tensión constante de esta personilla demasiado nerviosa.

Antoine había sacado veinte francos de uno de los bolsillos del chaleco.

—Toma, para que os ayudéis un poco esta semana.

Pero Robert había dado un paso atrás y levantaba la cara, frunciendo el entrecejo.

—¡No faltaría más! ¡Ni hablar! ¡Ya le digo que tenemos todo lo que nos hace falta! —Y para convencer a Antoine, que tenía prisa e insistía, se decidió a revelar el secreto supremo—. ¿Sabe usted cuánto hemos ahorrado ya entre los dos? ¿A que no lo adivina?... ¡Mil setecientos francos! ¡Sí, señor! ¿Verdad, Loulou? —Repentinamente, bajó la voz como un traidor de melodrama—: Sin contar con lo que pueda aumentar si da resultado mi sistema...

Sus ojos brillaron con tanta intensidad que Antoine, intrigado, se detuvo todavía un segundo en el umbral de la puerta.

—Es otro empleo... Con un representante de vinos, aceite y aceitunas. El hermano de Bassou, un empleado de la oficina. Éste es el asunto: al volver del Palais al mediodía, esto no le importa a nadie, ¿eh?, entro en las tabernas, en las tiendas de comestibles, en las bodegas y les hago mi oferta. Hay que tener mucha labia, pero ya la iré adquiriendo... En siete días ya he colocado algunas latas. ¡Cuarenta y cuatro francos de beneficio!

Y Bassou dice que si soy despejado...

Antoine reía para sus adentros mientras descendía los seis pisos. Se habían conquistado su simpatía. Hubiera hecho cualquier cosa por estos dos pequeños. «No importa —pensó—; habrá que vigilar para que no se hagan demasiado “despejados”...»

XII

LLOVÍA. Antoine tomó un taxi. A medida que se iba acercando al Faubourg Saint-Honoré, su buen humor se desvanecía y en su frente se marcaba una arruga de preocupación.

«Si ya se hubiera terminado todo», se dijo, al subir lentamente la escalera de los Héquet por tercera vez en aquel día. Por un instante tuvo la esperanza de que su voto se hubiera realizado; la doncella que le abrió le miró de una manera extraña y se acercó a él para decirle algo. Pero solamente estaba encargada de un recado confidencial: la señora suplicaba al doctor que entrara a verla, para hablar con ella antes de pasar a ver a la criatura.

No podía evitarlo. La habitación estaba iluminada y la puerta abierta. Al entrar distinguió la cabeza de Nicole tendida en la almohada. Se acercó. Nicole permanecía inmóvil; se había adormecido. Despertarla hubiera sido inhumano. Reposaba rejuvenecida y liberada; toda su angustia y su intranquilidad habían desaparecido en el sueño. Antoine la contemplaba, sin atreverse a moverse, conteniendo el aliento, asustado de leer en aquellas facciones, que el dolor acababa apenas de abandonar, tanta beatitud, una sed tan ardiente de olvido y de felicidad. El nácar de los párpados abatidos, la doble franja dorada de las pestañas, aquel abandono, aquella languidez... ¡Qué conmovedor resultaba aquel bello rostro desnudo! ¡Qué atracción la del arco deprimido de aquella boca, la de sus labios entreabiertos, inanimados, que no expresaban ya sino tranquilidad y esperanza! «¿Por qué? —se preguntaba Antoine—, ¿por qué ejerce tal fascinación el rostro dormido de una persona joven? ¿Y qué hay en el fondo de esta impura compasión del hombre, tan dispuesta siempre a emocionarse?»

Se volvió de puntillas, salió de la habitación sin hacer ruido y por el pasillo se dirigió hacia la alcoba de la criaturita, cuyo quejido, ronco e ininterrumpido, percibía ya a través de los tabiques. Tuvo que hacer acopio de toda su voluntad para dar vuelta a la manilla, franquear la puerta y volver a tomar contacto con las fuerzas malignas, adueñadas de aquel lugar.

Héquet estaba sentado, con las manos posadas sobre el borde de la cuna, que había sido colocada en medio de la habitación y que aquél balanceaba con gravedad; al otro lado, una enfermera inclinada bajo su toca, en una actitud de infinita paciencia profesional, esperaba con las manos apoyadas en el delantal, y de pie, adosado a la chimenea y sin abandonar su blusa blanca, Isaac Studler, cruzado de brazos, se acariciaba con la mano la negra barba.

Al ver entrar al doctor, la enfermera se levantó. Pero Héquet, con los ojos fijos en la criatura, no pareció apercebirse de nada. Antoine se acercó a la cuna. Entonces, Héquet volvió la cabeza hacia él y suspiró. Antoine había cogido al vuelo la manita ardorosa que se agitaba bajo las mantas y el cuerpecillo infantil se contrajo

inmediatamente, como un gusano que trata de hundirse en la arena. La carita infantil estaba enrojecida, jaspeada, casi tan oscura como el saqueto de hielo colocado detrás de la oreja; unos rizos, rubios como los de Nicole, mojados por el sudor o por las compresas, se adherían a la frente y a las mejillas; los ojos estaban semicerrados y, bajo los párpados hinchados las pupilas tenían un reflejo metálico, como el de un animal muerto. El vaivén de la cuna balanceaba suavemente la cabeza de derecha a izquierda, y acompañaba también los gemidos que se escapaban de la pequeña garganta enronquecida.

Previsora, la enfermera había ido a buscar el estetoscopio; pero Antoine le hizo señas de que no merecía la pena.

—Ha sido una idea de Nicole —dijo entonces Héquet, en tono extraño, casi en voz alta. Y como Antoine, sorprendido, 110 pareciera comprender, explicó pausadamente—: La cuna, ¿se da cuenta?... Ha sido una idea de Nicole... —Sonreía vagamente: en su desarrollo total estos detalles parecían haber adquirido una importancia particular.

Casi inmediatamente añadió:

—Sí... Ha habido que ir a buscarla al sexto... ¡Su cunita!... Al sexto, llena de polvo... Este balanceo es lo único que la calma un poco...

Antoine le miraba con emoción. En aquel momento comprendió que su compasión, por intensa que fuera, no alcanzaría nunca la magnitud de semejante dolor. Posó la mano en el brazo de Héquet.

—Está usted casi en el límite de sus fuerzas, amigo mío. Debiera ir a echarse un poco. ¿Para qué llegar al agotamiento?

Studler insistió:

—¡Es la tercera noche que pasa sin dormir!

—Sea razonable —prosiguió Antoine, inclinándose—. Va a necesitar toda su energía... muy pronto. —Experimentaba un deseo físico de arrancar al desgraciado padre del contacto de aquella cuna, de sumir cuanto antes en la inconsciencia del sueño tanto sufrimiento estéril.

Héquet no contestó. Continuaba acunando a la criatura. Pero se le vio inclinar los hombros cada vez más como si, efectivamente, el «muy pronto» de Antoine fuera verdaderamente demasiado penoso de soportar. Luego, espontáneamente y sin necesidad de que se le insistiera, se levantó, con un gesto rogó a la enfermera que le sustituyera junto a la cuna y volvió la cabeza como buscando algo, sin siquiera enjugarse las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Por último, se acercó a Antoine e hizo un esfuerzo para mirarle a la cara. Antoine se sintió conmovido al observar cuánto había cambiado la expresión de sus ojos: aquella mirada de miope, aguda y decidida, parecía haberse embotado; se desplazaba lentamente y era difícil de arrancar cuando se posaba.

Héquet miraba a Antoine. Sus labios se movieron antes de empezar a hablar:

—Hay que... Hay que hacer algo —murmuró—. Sufre mucho; usted lo sabe...

¿Para que dejarla sufrir?, ¿no es verdad? —Calló y pareció pedir el apoyo de Studler; luego, volvió a fijar su mirada en la de Antoine—. Usted, Thibault, «tiene» que hacer algo... —Y como si quisiera evitar la respuesta, bajó la cabeza y atravesando la habitación con paso rápido desapareció.

Antoine permaneció, durante algunos segundos, inmóvil en su sitio. Luego, enrojeció bruscamente. Mil ideas confusas se agitaban en su mente. Studler le tocó en el hombro.

—Bien, ¿y qué? —dijo en voz baja, mirando a Antoine. Los ojos de Studler hacían pensar en los de algunos caballos, en esos ojos alargados y demasiado grandes, en los que en un blanco húmedo nada una pupila lánguida. En este momento su mirada, como la de Héquet, era fija, exigente.

—¿Qué vas a hacer? —murmuró.

Hubo un corto intervalo en el que sus pensamientos se encontraron.

—¿Yo? —dijo Antoine, evasivamente. Pero comprendió que Studler no le dejaría sin una explicación—. Hombre; yo sé perfectamente... —dijo de pronto—, y sin embargo, cuando dice «hacer algo», ni siquiera se puede dar a entender que se le comprende.

—Chist... —hizo Studler. Echó una mirada hacia la enfermera, llevó a Antoine al pasillo y cerró la puerta.

—Sin embargo, ¿tú opinas que no se puede intentar nada? —preguntó.

—Nada.

—¿Y que no queda ya lo que se dice ninguna esperanza?

—En absoluto.

—¿Y entonces?

Antoine, que se sentía invadido por una sorda agitación, se parapetó en un silencio hostil.

—Entonces —declaró Studler— no hay lugar a dudas. ¡Es necesario que esto termine cuanto antes!

—Lo deseo tanto como tú.

—Desearlo no es bastante.

Antoine levantó la cabeza y dijo firmemente:

—Sin embargo, no se puede hacer nada más.

—¡Sí!

—¡No!

El diálogo había tomado un tono tan cortante que Studler calló durante algunos segundos.

—Esos pinchazos... —prosiguió, finalmente—; yo no sé... Tal vez aumentando la dosis...

Antoine cortó en seco:

—¡Cállate!

Se sentía abocado a una violenta irritación. Studler le observaba en silencio. Las

cejas de Antoine formaban una línea casi recta, los músculos de la cara sufrían involuntarias contracciones que deformaban la boca, y sobre su rostro huesudo la piel parecía ondularse en algunos momentos como si entre el pellejo y la carne se hubieran propagado estremecimientos nerviosos.

Transcurrió un minuto.

—Cállate —repitió Antoine, con más suavidad—. Te comprendo perfectamente. Ese deseo de terminar de una vez lo conocemos todos, pero no es sino una ten..., ¡una tentación de principiante! ¡Antes que nada hay una cosa: el respeto a la vida! ¡Exactamente! El respeto a la vida... Si hubieras llegado a ser médico verías las cosas exactamente como todos nosotros las vemos. La necesidad de ciertas leyes... ¡Un límite a nuestro poder! Sin eso...

—¡El único límite, cuando se es un hombre, es el de la conciencia!

—Pues precisamente eso, la conciencia. La conciencia profesional... ¡Pero piénsalo bien, desgraciado! El día que los médicos se atribuyeran el derecho... Por otra parte, ningún médico, óyelo Isaac, ninguno...

—¡Entonces!... —exclamó Studler con voz silbante.

Pero Antoine le interrumpió:

—¡Héquet se ha encontrado cien veces ante casos tan dolorosos, tan desesperados como éste! Y ni una sola vez, él mismo, ha puesto fin voluntariamente a... ¡Nunca! ¡Ni Philip! ¡Ni Rigaud! ¡Ni Treuillard! Ni ningún médico digno de este nombre, ¿me oyes? ¡Nunca!

—Pues entonces —lanzó Studler, indignado—, ¡tal vez seáis unos grandes pontífices, pero para mí no sois sino unos «ahí me las den todas»!

Retrocedió un paso y la luz de la lámpara iluminó repentinamente su rostro. En él se leían muchas más cosas que en sus palabras: no solamente un desprecio exacerbado, sino también una especie de desafío, casi una amenaza y como una determinación secreta.

«Bien —pensó Antoine—. Esperaré a las once para poner la inyección yo mismo.»

No contestó nada, se encogió de hombros, entró de nuevo en la habitación y se sentó.

La lluvia que azotaba sin tregua las persianas, las gotas de agua que golpeaban monótonas el zinc de la ventana y, en la alcoba, el incesante vaivén de la cuna, cuya cadencia se había impuesto a las quejas de la criatura, todos estos ruidos mezclados formaban en esta calma nocturna, habitada ya por la muerte, una armonía porfiada y desgarradora.

«Hace un momento he tartamudeado dos o tres veces seguidas», se dijo Antoine, cuyo nerviosismo no se calmaba. (Esto le ocurría muy raramente y sólo cuando tenía que mantenerse en una actitud artificial; por ejemplo, cuando tenía que decir una mentira difícil delante de un enfermo demasiado perspicaz, o bien cuando en la conversación se veía obligado a sostener un lugar común sobre el cual carecía todavía

de opinión propia.) «Ha sido por culpa del “Califa”», pensó. Con el rabillo del ojo comprobó que el «Califa» había recobrado su sitio, con la espalda apoyada contra la chimenea. Recordó entonces a Isaac Studler tal y como le conociera diez años antes en las inmediaciones de la Facultad de Medicina. En aquella época, todo el barrio latino conocía al «Califa»; su barba de rey medo, su voz aterciopelada, su risa atrayente, así como su carácter fanático, sedicioso e irascible; todo en una pieza. Se le creía predestinado, más que ningún otro, a un brillante porvenir. Luego, un buen día, se supo que había abandonado los estudios para empezar a ganarse la vida inmediatamente, y se dijo que había tomado a su cargo a la mujer y los hijos de uno de sus hermanos, empleado de banca, que acababa de suicidarse después de haber cometido un desfalco.

Un grito más ronco de la niña rompió el hilo de sus recuerdos. Durante un instante Antoine observó las contracciones de la criatura, tratando de comprobar la frecuencia de determinados movimientos, pero no podía sacar ninguna consecuencia de aquella gesticulación, desordenada como las palpitations de un pollo sangrado. Entonces aquella sensación de malestar contra la cual luchaba Antoine desde su altercado con Studler, aumentó repentinamente hasta el desfallecimiento. Para salvar la vida de un enfermo en peligro era capaz de intentar cualquier acción temeraria, de correr personalmente cualquier riesgo; pero estrellarse así, contra una situación sin salida, sentirse desprovisto hasta este extremo de todo medio de acción, tenerse que limitar a ver la llegada de la Enemiga victoriosa, era algo superior a sus fuerzas. Además, en ese caso concreto la lucha interminable de este pequeño ser, sus gritos inarticulados, quebrantaban los nervios especialmente. Sin embargo, Antoine estaba acostumbrado a ver sufrir, incluso a los pequeñines. ¿Por qué esta noche no conseguía hacerse insensible? Todo lo que hay siempre de misterioso, de inaceptable en la agonía de otro ser humano, le causaba en este momento, como al menos preparado, una angustia insuperable. Se sentía afectado en lo más íntimo de su ser: en su confianza en sí mismo, en su confianza en la acción, en la ciencia y en la vida. Fue como una ola que le anegara. Ante él desfiló un cortejo siniestro: todos aquellos de sus enfermos a los que consideraba condenados... Sin contar más que los que había visto desde por la mañana, la lista ya era larga: cuatro o cinco enfermos del hospital, Huguette, el pequeño Ernst, el niño ciego, éste... ¡Y aún se le olvidaba!... Vio a su padre clavado en su sillón y con los labios manchados de leche... Dentro de algunas semanas, después de noches y días de dolor, el robusto anciano, a su vez... ¡Todos, uno después de otro!... Y ninguna razón para esta miseria universal... «¡No; la vida es absurda, es mala!», se dijo con rabia, como si se dirigiera a un interlocutor tercamente optimista, y este obstinado, tontamente satisfecho, era él mismo, el Antoine normal.

La enfermera se levantó sin hacer ruido.

Antoine miró su reloj; la hora de la inyección... Se sintió contento de tener que cambiar de sitio, de tener que hacer algo; estaba ya casi rehecho ante la idea de que

muy pronto iba a poder evadirse.

La enfermera le trajo en una bandeja todo lo necesario. Rompió la ampolla, introdujo en ella la aguja, llenó la jeringuilla hasta el lugar prescrito y vació personalmente las tres cuartas partes de la ampolla en la batea. Sentía fija en él la mirada atenta de Studler.

Una vez puesta la inyección volvió a sentarse, el tiempo de comprobar un ligero indicio de apaciguamiento; entonces se inclinó sobre la pequeña, buscó una vez más el pulso, que era extremadamente débil, y dio en voz baja algunas instrucciones a la enfermera; luego, levantándose sin prisa, se enjabonó en el lavadero, vino en silencio a estrechar la mano de Studler y abandonó la alcoba.

Atravesó de puntillas toda la casa, iluminada y desierta. La alcoba de Nicole estaba cerrada. A medida que se alejaba, le parecía que los lamentos de la chiquilla disminuían. Abrió y volvió a cerrar sin ruido la puerta del recibimiento. En la escalera aguzó el oído: ya no se oía nada. Respiró profundamente y bajó la escalera con lentitud.

Ya en la calle, no pudo contenerse de volver la cabeza hacia la fachada oscura, en la que se alineaba, como en una noche de fiesta, una hilera de persianas iluminadas.

La lluvia acababa de terminar. A lo largo de las aceras corrían todavía rápidos arroyuelos. Las calles desiertas espejeaban hasta el infinito.

Antoine sintió frío y, levantándose el cuello, apresuró el paso.

XIII

«ESTE ruido del agua, estas superficies mojadas...» Súbitamente se representó un rostro empapado de lágrimas: Héquet, de pie, y su mirada insistente: «Usted, Thibault, *tiene* que hacer algo...» Visión penosa de la que no conseguía desprenderse: el sentimiento paternal... «Un sentimiento que me es por completo desconocido, por mucho que me esfuerce en imaginármelo...» Y bruscamente pensó en Gise: un matrimonio..., hijos... Simple hipótesis, afortunadamente irrealizable. Esta noche la idea del matrimonio no solamente le parecía prematura, sino también una locura. «¿Egoísmo? —se preguntó—. ¿Cobardía?» Su pensamiento se desvió de nuevo: «Alguien que me juzga cobarde en este momento es el “Califa”...» Volvió a verse, no sin impaciencia, acorralado en el pasillo ante el rostro ardiente y vulgar de Studler, bajo su mirada obstinada. Trató de librarse de la baraúnda de ideas que le asaltaban. «Cobarde», le resultaba un poco desagradable; encontró; «timorato». «Studler me cree timorato. ¡Imbécil!»

Llegaba ante el Elysée. Una patrulla de guardia, al paso, hacía la ronda alrededor del palacio; sobre la acera resonaron las culatas de los fusiles. Antes de que tuviera tiempo de impedirlo, una serie de suposiciones, comparables a las imágenes confusas de un sueño, desfilaron por su imaginación: Studler alejaba a la enfermera, sacaba una jeringa del bolsillo... La enfermera volvía, palpaba el pequeño cadáver... Sospechas, denuncia, negativa a inhumar, autopsia... Juez de instrucción, guardias... Asumiría toda la responsabilidad, decidió rápidamente, y miró desdeñoso al centinela por delante del cual pasaba. «No —declaró con gesto de desafío, dirigiéndose a algún magistrado imaginario—; no ha habido más inyecciones que la mía. He forzado la dosis a sabiendas. El caso era desesperado y reivindico toda la...» Se encogió de hombros, sonrió y aflojó el paso. «Soy un idiota.» Pero comprendía que aún no había terminado de hacerse preguntas. «¿Si estoy dispuesto a cargar con las consecuencias de una inyección mortal puesta por otro, por qué me he negado de una forma tan categórica a ponerla yo mismo?»

Los problemas que con un esfuerzo no conseguía resolver o por lo menos aclarar después de unos instantes de meditación, siempre le habían irritado profundamente. Recordó su diálogo con Studler, su apasionamiento, sus súplicas. Aunque no lamentara su conducta, tenía la impresión desagradable de haber interpretado un papel y mantenido unas ideas que no concordaban muy bien con el conjunto de su personaje, con la esencia íntima de su ser; tenía asimismo la intuición vaga, pero lancinante, de que este papel y estas ideas podrían muy bien encontrarse en oposición con su forma de pensar o de obrar. Y este sentimiento de desaprobación interior tenía que ser muy positivo para que Antoine no lograra librarse de él, porque, en general, se negaba a juzgar sus acciones: la noción de remordimiento le era por completo extraña. Le gustaba analizarse y, desde hacía algunos años, se observaba incluso

apasionadamente; pero por pura curiosidad psicológica; nada más contrario a su temperamento que señalar sus buenas o malas cualidades.

Se hizo una pregunta que aumentó su perplejidad: «¿No hubiera hecho falta más energía para acceder que para negarse?» Cuando dudaba entre dos cosas, sin lograr hallar por la reflexión más razones a favor de una que de otra, escogía casi siempre aquella que precisaba mayor fuerza de voluntad: pretendía que, según su experiencia, era casi siempre la mejor. Tenía que reconocer que esta noche había optado por la solución más fácil, ateniéndose al camino rutinario.

Estaba avergonzado por algunas de las frases que había pronunciado. Había dicho a Studler: «El respeto a la vida...» Nunca se desconfiará bastante de las frases hechas. «El respeto a la vida...» ¿«Respeto» o «fetichismo»?...

Entonces le vino a la memoria un suceso que antaño le llamara la atención: el del bicéfalo de Tréguineuc.

En un puerto bretón en el que los Thibault estaban de veraneo, unos quince años antes, la mujer de un pescador había traído al mundo un fenómeno provisto de dos cabezas, perfectamente constituidas. El padre y la madre habían apremiado al médico del pueblo para que no dejara vivir al pequeño monstruo, y ante la negativa del médico, el padre, un alcohólico habitual, se había arrojado sobre el recién nacido para ahogarle con sus propias manos; hubo necesidad de sujetarle e internarle. Gran emoción en el pueblo, interminable tema de conversaciones para los veraneantes del hotel. Y Antoine, que tenía en aquella época dieciséis o diecisiete años, recordaba la discusión violenta que había tenido con el señor Thibault —una de las primeras escenas violentas entre padre e hijo—, porque Antoine, con la intransigencia simplista de la juventud, reivindicaba para el médico el derecho de suprimir sin demora una existencia tan fatalmente condenada.

Se sintió perplejo al darse cuenta de que no había cambiado sensiblemente de opinión acerca de este caso particular, y se preguntó: «¿Qué pensaría Philip?» Antoine hubo de confesarse que, sin ninguna duda, Philip no hubiera ni siquiera considerado la hipótesis de la supresión; aún más: incluso suponiendo que el enfermito se hubiera encontrado en peligro, Philip hubiera puesto todos los medios para salvar aquella existencia miserable. Y Rigaud lo mismo. Y Terrignier igual. Y Loisille. Todos, todos... Dondequiera que quede un vestigio de vida, el deber es indiscutible. Creyó oír la voz nasal de Philip: «¡No el derecho, joven; no el derecho!»

Antoine se sublevó: «¿“El derecho”?... ¡Vamos, usted sabe igual que yo el valor de esas nociones de derecho y de obligación! No hay más ley que las leyes naturales; éstas sí, ineluctables. Pero esas pretendidas leyes morales, ¿qué significan? Un conjunto de costumbres implantadas en nosotros desde hace siglos... Nada más... Antaño es posible que hayan sido indispensables para el desarrollo social del hombre. ¿Pero hoy? ¿Puede conferirse razonablemente a todos esos antiguos reglamentos de higiene y policía ese carácter de virtud sagrada, de imperativo absoluto?» Y como el profesor no contestara, Antoine se encogió de hombros, metió las manos en los

bolsillos de su abrigo y cambió de acera.

Andaba sin mirar, sin dejar de discutir consigo mismo. «En primer lugar, hay un hecho incontrovertible: para mí no existe la moral. El “se debe”, el “no se debe”, “el bien”, “el mal”, no son para mí sino palabras; palabras que utilizo para hacer como los demás, valores, entendidos que me resultan cómodos en la conversación, pero que en mi interior, lo he comprobado cien veces, no corresponden verdaderamente a nada real. Y siempre he sido así... No; esta última afirmación no es cierta. Soy así desde... —La imagen de Rachel pasó ante sus ojos—. Desde hace mucho tiempo, de cualquier forma...» Durante algunos instantes trató de buena fe de encontrar los principios en que se apoyaba su vida cotidiana. No encontraba nada. A falta de cosa mejor, aventuró: «¿Cierta sinceridad? —Reflexionó y precisó—: ¿O más bien cierta “clarividencia”?» Su pensamiento era todavía confuso, pero, de momento, se sintió bastante satisfecho de su descubrimiento. «Sí; evidentemente no es gran cosa. Pero cuando pienso en mí, esa necesidad de clarividencia es, a pesar de todo, una de las pocas cosas indudables que encuentro... Pudiera muy bien suceder que sin darme cuenta hubiera hecho de ella una especie de principio moral para mi uso particular..., que se enunciaría de esta forma: “completa libertad, pero a condición de ver claro”... Bastante peligroso, en resumidas cuentas. Pero no me va mal. Todo depende de la calidad de la mirada. Ver claro... Observarse con ese ojo libre, lúcido, desinteresado, que se adquiere en los laboratorios. Verse pensar y obrar cínicamente. Tomarse exactamente por lo que se es. Como corolario: aceptarse tal y como se es... ¿Y entonces? Entonces estaría muy cerca de decir: todo está permitido... Todo está permitido, desde el momento en que no se tiene una idea falsa de sí mismo, desde el momento en que se sabe lo que se hace y, en la medida de lo posible, por qué se hace.»

Casi al mismo tiempo sonrió, disgustado: «Lo más desconcertante es, si se contempla mi vida con atención, esta famosa “libertad completa”, para la que no existe ni el bien ni el mal; ha sido consagrada casi exclusivamente a practicar lo que los demás llaman el bien. ¿Y toda esta emancipación, a qué conduce? ¡No solamente a hacer lo que hacen los otros, sino, más especialmente, lo que hacen aquellos que la moral corriente denomina los mejores! La prueba, lo que ha pasado esta noche. ¿No he terminado, de hecho y a pesar de mí mismo, por someterme a las mismas reglas morales que todo el mundo?... Philip sonreiría... ¡Y, sin embargo, me niego a admitir que la necesidad para el hombre de obrar como un animal social sea más despótica que todos sus instintos individuales! ¿Entonces, cómo explicarse mi actitud de esta noche? ¡Es increíble hasta qué punto la acción puede ser disociada e independizada del razonamiento! Porque he de confesar que en mi interior le doy la razón a Studler. Las objeciones pertinaces que le he ofrecido no cuentan para nada. La lógica está de su parte: la pequeña sufre inútilmente, el final de esa lucha horrible es absolutamente inevitable, inevitable e inminente. ¿Entonces? Si me detengo a pensarlo, no veo sino ventajas en apresurar esta muerte. No solamente por la pequeña, sino también por

Nicole; es evidente que, en el estado en que se encuentra la madre, el espectáculo de esa agonía interminable no deja de ser peligroso... Seguramente, Héquet ha pensado en todo esto... Y no hay nada que contestar; si se contenta uno con reflexionar, el valor de estos argumentos es incontestable... ¡Y qué extraño es que casi nunca pueda uno contentarse con los razonamientos de la lógica! No lo digo por disculpar una cobardía. Sé perfectamente, cara a cara conmigo mismo, que lo que me ha obligado a portarme esta noche como lo he hecho no ha sido simplemente cobardía. No. Es algo tan acuciante e imperioso como una ley natural. Pero no consigo comprender de qué se trata...» Pasó revista a distintas interpretaciones. ¿Era una de aquellas ideas confusas —en cuya existencia creía, por otra parte— que parecen dormitar en nosotros bajo la superficie de nuestras ideas claras, y que, en determinados momentos, se despiertan, se levantan, se apoderan de la dirección, provocan una acción y luego desaparecen sin explicación en el fondo de nosotros mismos? ¿O bien no habría que admitir, más simplemente, que hay una ley moral colectiva y que al hombre le resulta casi imposible actuar únicamente como individuo?

Le parecía estar dando vueltas sobre sí mismo con los ojos vendados. Trataba de recordar una frase de Nietzsche, citada muy a menudo: «que un hombre no debe ser un problema, sino una solución». Principio que ya en tiempos le había parecido a todas luces evidente, y al que de año en año iba encontrando más imposible de conformarse. Ya había tenido ocasión de comprobar que algunas de sus decisiones (generalmente las más espontáneas y muy a menudo las más importantes) se encontraban en abierta contradicción con su lógica habitual, hasta el extremo de que, algunas veces, había llegado a preguntarse: «¿Seré verdaderamente como creo?» Sospecha fulgurante y furtiva, semejante al relámpago que hiende durante un instante las tinieblas, y las deja aún más opacas en pos de sí; sospecha que apartaba inmediatamente, y que también rechazó esta noche.

Las circunstancias le ayudaron. Cuando llegaba a la calle Royale, el respiradero de una tahona le echó a la cara un olor a pan cocido, cálido como el aliento, que le distrajo súbitamente. Bostezó y buscó con la mirada algún bar que tuviera las luces encendidas; luego, sintió un repentino deseo de ir hasta el Théâtre-Français para tomar alguna cosa en Zemm, un bar pequeño que permanecía abierto toda la noche y en el que entraba algunas veces a última hora, antes de cruzar los puentes.

«¡A pesar de todo, es muy extraño! —se confesó, después de un momento de silencio interior—. Por mucho que se dude, por mucho que se emancipe uno, quiérase o no, hay algo irreductible, algo que ninguna duda consigue borrar: esta necesidad que tiene el hombre de creer en su propia razón... Ahora mismo me acabo de ofrecer una magnífica prueba...» Se sentía cansado y seguía insatisfecho. Buscaba algún axioma que pudiera devolverle la tranquilidad. «Todo es conflicto —concedió perezosamente—, no es cosa nueva, y lo que me pasa a mí es el fenómeno universal, el choque de todo aquello que vive.»

Anduvo algún tiempo sin pensar en nada concreto. La baraúnda de los bulevares

estaba próxima. Las calles estaban jalonadas de paseantes nocturnas, eminentemente sociables, a las que alejaba con un gesto despreciativo.

Sin embargo, el trabajo inconsciente de su espíritu se iba condensando poco a poco: «Vivo —se dijo por fin—; esto es un hecho. Dicho de otra forma: no dejo de escoger y de obrar. Bien. Pero aquí empiezan las tinieblas. ¿Esta elección y esta acción, en nombre de qué? No lo sé. ¿Será en nombre de esa clarividencia en que pensaba hace un momento? Pues no... ¡Teorías!... En el fondo, esa necesidad de lucidez nunca ha motivado realmente por mi parte una decisión o un acto. Únicamente cuando ya he obrado entra en juego esta clarividencia para justificar a mis ojos lo que he hecho. Y, sin embargo, desde que tengo uso de razón me he sentido movido (pongamos por instinto) por una fuerza que casi sin interrupción me hace escoger esto y no aquello, obrar de una forma y no de otra. Ahora bien, y esto es lo más desconcertante: observo que “no actúo en sentidos contradictorios”. Todo sucede, pues, como si estuviera sometido a una regla inflexible... Sí; ¿pero cuál? ¡Lo ignoro! Siempre que en un momento grave de mi vida este impulso interior me ha hecho tomar una dirección determinada y actuar en ese sentido, me he preguntado: “¿En nombre de qué?” Siempre me he tropezado con una pared. Me siento seguro de mí mismo, de mi existencia, me siento legítimo, y, sin embargo, al margen de toda ley. Ni en las doctrinas antiguas, ni en las filosofías contemporáneas, ni en mí mismo, consigo encontrar una respuesta satisfactoria para mí; veo claramente todas las reglas que no puedo suscribir, pero no veo ninguna a la cual pueda someterme; de todas las disciplinas codificadas, ninguna me ha parecido nunca, ni siquiera de lejos, adaptarse a mí ni poder explicar mi conducta. ¡Y a pesar de todo voy adelante, incluso a bastante velocidad, sin vacilaciones, casi en línea recta! ¡Qué extraño es! Me da la sensación de ser un rápido navío que sigue su camino osadamente, y cuyo piloto nunca hubiera tenido brújula... Se diría positivamente que depende de un orden. Y yo mismo creo sentirlo así: mi naturaleza es ordenada. ¿Pero qué es este orden? Por lo demás, no me quejo. Soy feliz. No deseo en absoluto convertirme en otro; me gustaría simplemente comprender en virtud de qué soy como soy. Y en esta curiosidad hay una chispita de inquietud. ¿Todo el mundo lleva su enigma de la misma forma? ¿Encontraré alguna vez la clave del mío? ¿Conseguiré enunciar “mi” ley? ¿Sabré algún día “en nombre de qué”?...»

Apretó el paso; al otro lado de la plaza distinguía el letrero luminoso de Zemm, y ya no podía interesarse sino en su apetito.

Se precipitó con tanta rapidez en el pasillo de entrada, que tropezó contra los cestos de ostras, las cuales esparcían por el pasillo un penetrante olor a pescado.

El bar ocupaba el sótano; se descendía a él por una escalera en espiral, pintoresca y vagamente clandestina. A esta hora, la sala estaba repleta de noctámbulos, sentados a la mesa, en una atmósfera cálida que olía a cocina, a alcohol y a tabaco, agitada por los ventiladores.

La caoba barnizada y el cuero verde daban a esta habitación baja, sin ventanas y

alargada, todo el aspecto del fumadero de un paquebote.

Antoine escogió un rincón, dejó el abrigo sobre el asiento y se sentó. Notaba ya una sensación de bienestar. Instantáneamente, por contraste, volvió a ver la alcoba de la criaturita, el cuerpecillo empapado de sudor y debatiéndose inútilmente bajo la presión; aún le sonaba en los oídos la cadencia fatal de la cuna, semejante al martilleo de un pie que marca el compás... Se contrajo, repentinamente angustiado.

—¿Sólo un cubierto?

—Sólo. Rosbif y pan negro, y *whisky* en un vaso grande, sin soda. Con una jarra de agua bien fresca.

—¿No toma sopa de queso?

—Como quiera.

En todas las mesas, con objeto de fomentar la sed, había una fuente de fritadas, escarchadas de sal y delgadas como *monnaies du pape*. Antoine midió su apetito en el placer que encontró al hacer crujir entre sus dientes las que tenía ante sí, en tanto esperaba le sirvieran aquella sopa de queso, hervida a fuego lento, espumosa y espesa, guarnecida de cebolla, que era la especialidad de la casa.

No lejos de él, un grupo de gente en pie reclamaba sus abrigos. Una joven, que formaba parte de aquel grupo ruidoso, miró hacia Antoine a hurtadillas; sus ojos se cruzaron, y la muchacha le sonrió imperceptiblemente. ¿Dónde había visto ya este rostro de estampa japonesa, estas cejas delineadas, estos ojos alargados ligeramente oblicuos? Le hizo gracia la forma sutil en que a espaldas de todos le había hecho aquel gesto amistoso. ¡Ah! Era una modelo que había visto algunas veces en casa de Daniel de Fontanin. En el antiguo taller, en la calle de Mazarino. Ahora recordaba perfectamente cierta sesión, una calurosa tarde de verano; recordaba la hora, la iluminación y la postura, y hasta la sensación que le había retenido allí aunque tuviera prisa... Siguió a la joven con la mirada hasta la puerta. ¿Cómo la llamaba Daniel? Un nombre que parecía una marca de té... Antes de desaparecer, la muchacha se volvió. Antoine recordaba su cuerpo como algo sin relieve, liso y nervioso...

Durante los meses en que se había convencido que amaba a Gise, apenas si hubo en su vida lugar para ninguna mujer. En realidad, desde su ruptura con la señora de Javenne (unas relaciones que duraron dos meses y habían estado a punto de terminar muy mal), vivía sin amante. Durante algunos segundos lo lamentó vivamente. Mojó los labios en el *whisky* que le acababan de traer, y después, levantando él mismo la tapadera de la sopera, aspiró los efluvios generosos que subían hasta él.

En aquel momento, el botones de la puerta vino a entregarle un papel ajado, plegado en cuatro dobleces. Era un programa de *music-hall*. En una esquina aparecía garrapateado a lápiz:

«¿Mañana por la noche, a las diez, en Zemm?»

—¿Esperan contestación? —preguntó, entre divertido y perplejo.

—No; la señora se ha marchado —contestó el botones.

Antoine estaba completamente decidido a no hacer ningún caso de esta cita. Sin

embargo, se guardó el papel en el bolsillo y se puso a comer.

«La vida resulta agradable», pensó repentinamente. Un inesperado tumulto de pensamientos alegres se apoderó de él. «Sí; amo la vida», afirmó; reflexionó un instante. «Y en el fondo no necesito a nadie.» El recuerdo de Gise aleteó de nuevo. Reconoció que, aun sin amor, la vida era bastante para su felicidad. Confesó de buena fe que durante la estancia de Gise en Inglaterra no había dejado de sentirse dichoso lejos de ella. Por otra parte, ¿había desempeñado alguna mujer un papel importante en su felicidad?... ¿Rachel?... ¡Rachel, sí! ¿Pero qué hubiera sucedido si Rachel no le hubiera dejado? ¿Y, además, no se sentía curado ya definitivamente de pasiones de este tipo?... Los sentimientos que había experimentado en relación con Gise no se atrevía ahora a llamarlos amor. Buscó otra palabra. ¿Inclinación?... Durante un momento volvió a obsesionarle el recuerdo de Gise. Se prometió poner en claro lo que le había sucedido en estos últimos meses. Una cosa era cierta: que se había creado a su gusto una determinada imagen de Gise, muy diferente de la Gise verdadera, que esta misma tarde... Pero evitó insistir en esta comparación.

Tomó un sorbo de *whisky*, atacó el rosbif y se repitió que amaba la vida.

La vida, a su entender, era más que nada un amplio espacio descubierto, en el que las personas activas como él no tenían sino que lanzarse con arrojo; y cuando decía: amar la vida, quería decir: amarse a sí mismo, creer en sí mismo. Sin embargo, cuando se representaba más especialmente su propia vida, no se le aparecía sólo como un campo de maniobras maravillosamente dispuesto, como un conjunto infinito de posibles combinaciones, sino también, y más que nada, como un camino claramente marcado, una línea recta que llevaba infaliblemente a algún sitio.

Comprendió que había hecho despertar una voz familiar, cuyo eco escuchaba siempre con indulgencia.

«¿Thibault? —murmuraba la voz interior—. Tiene treinta y dos años, ¡la edad de las grandes empresas!... ¿Salud? Excepcional: la resistencia de un animal joven, en la plenitud de sus fuerzas... ¿Inteligencia? Ágil, despejada, en constante progreso... ¿Capacidad de trabajo? Casi inagotable... Medios de fortuna... ¡Todo, en una palabra! ¡Ni debilidades ni vicios! ¡Ningún obstáculo para su vocación! ¡Y el viento en popa!»

Estiró las piernas y encendió un cigarrillo.

Su vocación... Desde que tenía quince años, la Medicina no había dejado de ejercer sobre él un atractivo singular. Todavía ahora admitía como un dogma que la ciencia médica era el resultado de todo el esfuerzo intelectual, y constituía el beneficio más marcado por veinte siglos de tanteos en todos los caminos del conocimiento, el campo más rico abierto al genio del hombre. Ciencia ilimitada en su magnitud especulativa, y, sin embargo, arraigada en la realidad más concreta, en contacto directo y constante con el ser humano. En esto no cedía. Nunca hubiera consentido en encerrarse en un laboratorio, en limitar su observación al campo del microscopio: le gustaba ese cuerpo a cuerpo perpetuo entre el médico y la realidad

multiforme.

«Lo que haría falta —prosiguió la voz— es que Thibault trabajara más para sí mismo... Que no se deje paralizar por la clientela, como Terrignier, como Boistelot... Que encuentre tiempo para provocar y seguir experimentos, para coordinar los resultados, para aplicar las directrices de un método...» Porque Antoine se imaginaba su porvenir semejante al de los maestros más eximios: antes de cumplir los cincuenta años tendría ya en su activo numerosos descubrimientos y, sobre todo, habría sentado ya las bases de este método personal, todavía confuso, pero que algunas veces ya creía entrever. Sí; pronto, muy pronto...

Su imaginación franqueó un trecho de espacio en tinieblas, que era la muerte de su padre; más allá, el camino se hacía de nuevo luminoso. Entre dos chupadas de cigarrillo consideró esta muerte de una forma completamente distinta a como acostumbraba, sin aprensión, sin tristeza; bien al contrario, como una liberación necesaria y esperada, como una ampliación de su horizonte y una de las condiciones de su desarrollo. Cien nuevas posibilidades se le ofrecían. «En primer lugar, habrá que hacer una selección entre la clientela... Reservarse tiempo disponible, y luego, buscarse un ayudante para las investigaciones. Incluso un secretario; no un colaborador, no, sino un muchacho joven, una inteligencia despejada que yo mismo adiestraría y la cual me evitaría ciertos trabajos. Y yo podría trabajar con ahínco... Entregarme... Descubrir algo nuevo... ¡Sí; estoy seguro de que haré grandes cosas!...» En su boca se esbozó una sonrisa, reflejo interior de este optimismo que le embargaba.

Repentinamente tiró el cigarrillo y se quedó pensativo. «¿Y no es extraño, si se mira bien? Ese sentido moral que he expulsado de mi vida, y del cual me sentía completamente liberado no hace todavía una hora, vuelvo a encontrarlo en mí cuando menos lo espero. ¡Y no refugiado en algún rincón oscuro e inexplorado de mi conciencia! ¡No! Todo lo contrario, sólido, floreciente, imposible de desarraigar, exhibiéndose en el lugar principal, en pleno centro de mi energía y de mi actividad: ¡en el corazón de mi vida profesional! Porque no se trata de jugar con las palabras: como médico, como hombre de ciencia, tengo un sentido de la rectitud absolutamente inflexible, y sobre este particular creo poder decir que no transigiré nunca... ¿Cómo conciliar todo esto?... ¡Bah! —se dijo—. ¿Por qué este empeño en conciliar las cosas?»

Y, efectivamente, pronto renunció a hacerlo y, dejando de pensar con precisión, se abandonó cobardemente al bienestar mezclado de cansancio que poco a poco le iba embotando el entendimiento.

Dos automovilistas acababan de entrar y de instalarse no lejos de él. Venían sobrecargados de abrigo, que amontonaron sobre el diván. El hombre podía tener veinticinco años; la mujer, algo menos. Una pareja admirable: ambos ágiles, fuertes; ambos morenos, de mirada franca, boca grande, dentadura sana y la piel, sonrosada por el frío. La misma edad, la misma salud, la misma clase social, la misma elegancia

natural, e indudablemente los mismos gustos. Por lo menos, el mismo apetito: uno junto a otro devoraban al mismo ritmo dos bocadillos gemelos; luego, con el mismo gesto, vaciaron sus tercios de cerveza, se envolvieron de nuevo en sus pieles y, sin haber cambiado ni una palabra ni una mirada, se alejaron con el mismo paso elástico. Antoine les siguió con la mirada; sugerían la idea del acuerdo perfecto, de la pareja modelo.

Entonces observó que la sala estaba casi vacía. Su mirada consultó en un espejo lejano un reloj que estaba colgado por encima de su cabeza. ¿Las diez y diez? No; es al revés. ¿Cómo? ¿Casi las dos?

Se levanto, sacudiendo su sopor. «Mañana, por la mañana, me encontraré como nuevo», pensó avergonzado.

Sin embargo, al subir la estrecha escalerilla en la que el botones dormitaba sentado sobre un peldaño, un pensamiento vivaz, seguido de una evocación muy precisa, le hizo sonreír furtivamente: «Mañana noche, a las diez...», se dijo.

Tomó un taxi. Cinco minutos después entraba en su casa.

En la mesita del recibimiento, donde le esperaba el correo de la noche, se destacaba con toda claridad una hoja de papel; letra de León:

«Han llamado a la una de casa del doctor Héquet. La niña ha fallecido.»

Permaneció durante unos instantes con la cuartilla en la mano y tuvo que volver a leerla. «¿A la una? Después de marcharme yo... ¿Studler? ¿En presencia de la enfermera? No... Seguro que no... ¿Entonces? ¿Mi inyección? Tal vez... Y sin embargo la dosis era pequeña. Pero estaba tan débil el pulso...»

Una vez pasada la sorpresa sintió una sensación de alivio. Para Héquet y su esposa, por dolorosa que pudiera resultar la certidumbre, al menos acababa con aquella espera abominable. Recordó el rostro de Nicole mientras dormía. Muy pronto, una nueva criatura estaría allí entre ellos. La vida seguía su curso; no hay herida que no se cierre. Cogió el correo con gesto distraído. «A pesar de todo, pobre gente —pensó con el corazón oprimido—. Pasaré a verles antes de ir al hospital.»

La gata maullaba desesperadamente en la cocina. «Ese bicho no me va a dejar dormir», rezongó Antoine. Y, de repente, se acordó de los gatitos. Entreabrió la puerta. La gata se arrojó a sus pies, quejumbrosa, zalamera, frotándose contra él con insistencia. Antoine se inclinó sobre el cesto de los trapos: estaba vacío.

Él mismo había dicho: «¿Los ahogará a todos, verdad?» Y, sin embargo, era vida... ¿Por qué esta diferencia? ¿En nombre de qué?

Se encogió de hombros, levantó los ojos hacia el reloj y bostezó.

«Cuatro horas de sueño; vamos a dormir.»

Todavía conservaba en la mano el papel de León; hizo con él una bola que lanzó alegremente encima del armario.

«Y ahora, una buena ducha fría... Sistema Thibault: ¡disolver el cansancio antes de meterse en la cama!»

FIN DE
«LA CONSULTA»



ROGER MARTIN DU GARD, (Neuilly-sur-Seine, Francia, 23 de marzo de 1881 - Bellême, Orne, 22 de agosto de 1958). Novelista francés.

Nacido en una familia acomodada, de abogados y magistrados, su situación le permitió dedicarse a la literatura. De vocación literaria precoz, fue consciente de ella tras leer la novela de Lev Tolstoi, Guerra y Paz. Para intentar consolidar su vocación de novelista, inicia estudios de Letras, pero no consigue licenciarse. Se presenta entonces a la oposición de la École des chartes y obtuvo la plaza de archivero-paleógrafo, con una tesis sobre la abadía de Jumièges.

En 1908 publica su primera novela Devenir. Tras la publicación en 1913 de Jean Barois, en la que Martin du Gard aborda el caso Dreyfus le permite trabar amistad con André Gide y Jacques Copeau.

Participó como soldado en la Primera Guerra Mundial. Cuando ésta terminó, empieza la redacción de la que será su obra magna: la saga de Los Thibault. En ella no trata de demostrar nada. No juzga, no condena: muestra a veces de modo demasiado fragmentario la evolución de la religión contemporánea, como el hecho de la separación entre la Iglesia y el Estado Francés en 1905.

Recibe el Premio Nobel de Literatura en 1937. A partir de ese momento su obra deja de ser considerada relevante por parte de la crítica, hasta el momento en el que Albert Camus la vuelve a reivindicar.

Puede considerarse un heredero de la novela realista tradicional del siglo XIX; sin

embargo, la certeza de sus descripciones, sus detalles narrativos y la penetración psicológica que hace de sus personajes, hacen que no se le pueda calificar como un escritor falto de innovación y fuerza.

Pasará la mayor parte de la Segunda Guerra Mundial en Niza. Allí empezará a elaborar una novela que permanecerá inconclusa el Diario del coronel de Maumort, que se publicará a título póstumo. Esta publicación, al igual que otras que también fueron póstumas (correspondencia, diario, relatos cortos) hace más compleja la figura de un escritor que se reivindicó a sí mismo como novelista.

Publicaciones.

Devenir (1908)

L'Une de Nous (1909)

Jean Barois (1913)

Les Thibault: Le Cahier gris (1922)

Les Thibault: Le Pénitencier (1922)

Les Thibault: La Belle Saison (1923)

Les Thibault: La Consultation (1928)

Les Thibault: La Sorellina (1928)

Les Thibault: La Mort du père (1929)

Vieille France (1933)

Les Thibault: Thibault, L'Été 1914 (1936)

Les Thibault: Thibault, l'Épilogue (1940)